Hispania, LVI/3, núm. 194 (1996)

EL MITO ANTISEMITA EN LA CRISIS ESPAÑOLA DEL SIGLO XX

por

GONZALO ÁLVAREZ CHILLIDA
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN: *El presente artículo pretende aproximarse al tema del antisemitismo español en el crítico periodo de la República, la Guerra Civil y la 2.ª Guerra Mundial. En él se presenta una tipología del antisemitismo contemporáneo, y se sitúa al español dentro de la corriente cristiana, diferenciada de la del racismo* völkisch *alemán. Se aporta una visión de conjunto de las manifestaciones antisemitas de los diversos grupos de la derecha antiliberal española del periodo citado y de sus antecedentes. Se relaciona el antisemitismo español con la filosofía de la historia dominante en el sector ideológico estudiado. Se resumen las consecuencias que tuvo este antisemitismo en el trato que el régimen franquista dio a los judíos españoles y a los que intentaban huir de la Europa nazi durante la 2.ª Guerra Mundial. Y, finalmente, se aporta una interpretación sobre las funciones ideológicas e históricas del fenómeno estudiado.*

PALABRAS CLAVE. **Siglo XX, España, antisemitismo, extrema derecha.**

ABSTRACT: *The anti-semitic myth in the Spanish crisis of the 20th century: This article intends to be an approximation to the theme of antisemitism in Spain during the critical period of the Republic, the Civil War and the Second World War. The article presents a typology of contemporary anti-Semitism, and situates the Spanish one within the Christian context as distinct from that of the* völkisch *racism of Germany. A global image is provided of the antisemitic demonstrations held by the different anti-liberal right-wing groups in Spain, in the above-mentioned period, and the philosophy of the history dominant in this ideological groups. A summary is provided of the consequences that this antisemitism had in the way Franco treated the Spanish jews and those who tried to escape from Nazi Europe during the Second World War. Finally, an interpretation is given of the ideological and historical role of the phenomenon under study.*

KEY WORDS: **20th Century, Spain, Anti-Semitism, Extreme Right.**

Hispania, LVI/3, núm. 194 (1996) 1037-1070

Durante la profunda crisis política y social que se abrió en España a partir de 1931, y que desembocó en la Guerra Civil y el triunfo del régimen franquista, el antisemitismo tuvo una presencia mucho más importante de lo que muchos puedan creer, aunque, evidentemente, no alcanzó la amplitud que tuvo en otros países centroeuropeos. En el presente artículo trataremos de mostrar el alcance que tuvo el fenómeno en nuestro país, apuntando también una posible interpretación del mismo.

DIVERSIDAD DE MANIFESTACIONES DEL ANTISEMITISMO

Es de sobra conocida la virulencia que tuvo el odio a los judíos en la Europa medieval, y especialmente en los diversos reinos españoles. La expulsión de 1492 no terminó con el sentimiento antijudío, volcado ahora contra los conversos o «marranos», adquiriendo incluso tintes racistas a través de los «estatutos de limpieza de sangre». Y si con el paso de los siglos los conversos españoles lograron confundirse con la población, en el excepcional caso de los chuetas de Mallorca, la discriminación llegó hasta hace bien pocas décadas [1]. Pero, pese a todo, cuando en los últimos lustros del siglo XIX resurge en Europa un nuevo antisemitismo, en España apenas se está reconstituyendo una minúscula comunidad judía.

Poliakov viene a definir tres momentos especialmente intensos en el antisemitismo contemporáneo. El primero se produce en el periodo 1880-1900, época de los *pogroms* de la Rusia zarista, del «affaire Dreyfus» en Francia, del triunfo electoral de Lueger en Viena y de la difusión de las doctrinas del racismo *völkisch* en algunos sectores de la intelectualidad alemana. El segundo momento se corresponde con los años de la inmediata primera posguerra europea, cuando los zaristas rusos exiliados difunden los *Protocolos de los sabios de Sión*, coadyuvando a interpretar la crisis política y social de la posguerra, así como el comunismo y la revolución rusa, en clave de conspiración judía. El tercer momento de auge antisemita se da con la depresión económica de la década de 1930 y el auge de las dictaduras y los movimientos fascistas y de extrema derecha antiliberal. Este último periodo antisemita desembocó, como es tristemente conocido, en el genocidio de millones de judíos del continente a manos del más extremo de los antisemitismos, el del racismo nazi alemán. En España es en este último periodo, que coincide con una brutal crisis política y social, culminada en la Guerra Civil, cuando se producen las manifestaciones antisemitas más importantes.

A nuestro juicio, no siempre se han distinguido con claridad los diversos grados en que podemos encontrarnos el fenómeno antisemita. Un primer grado cabría situarlo entre quienes meramente sostienen un estereotipo nega-

[1] Hay varios estudios sobre los chuetas. Un libro divulgativo es PORCEL, Baltasar, *Los chuetas mallorquines. Quince siglos de racismo*, Palma de Mallorca 1986, donde se narran algunas actitudes despectivas y discriminatorias hacia esta comunidad hasta las décadas de 1950 y 1960.

tivo de los judíos, concebidos como pueblo de usureros y explotadores, cerrado y despreciativo de los demás, extranjero en todas las patrias, etc. Este estereotipo estaba enormemente extendido, y afectaba a intelectuales de ideología progresista y alejados del cristianismo. Poliakov señala, por ejemplo, el antisemitismo de Voltaire y muchos otros ilustrados del siglo XVIII, de muchos de los socialistas franceses del XIX, o del escritor Jean Giraudoux en 1939, cuando era comisario de propaganda del Gobierno del radical Daladier. Aquí en España, Pío Baroja manifestó también ideas antisemitas, incluso influenciadas por los *Protocolos*, que se airearon en el bando franquista durante la Guerra Civil [2].

Frente al mero estereotipo negativo, el antisemitismo más radical es el que sostiene la existencia de una conjura secular de los judíos para destruir la civilización occidental e implantar su tiranía en todo el mundo. Entre ambos grados de antisemitismo cabe definir un tercero, que podemos denominar «antisemitismo teológico», consistente en la definición negativa del pueblo judío a partir de la Biblia cristiana y de la historia religiosa. El eje de la misma es la acusación de deicidio, aplicada al judaísmo en su conjunto. De profunda raíz medieval, e incluso antigua, este tipo de antijudaísmo debía de estar muy extendido entre el clero católico europeo, y también entre los protestantes. En España debió de afectar de un modo especialmente intenso, pues perduró intacto hasta muchos años después de que el Concilio Vaticano II lo condenara tajantemente, afirmando que el pueblo judío es «según la elección, amadísimo [por Dios] a causa de los padres; porque los dones y la vocación de

[2] POLIAKOV, León, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida 1870-1933*, Barcelona 1981, págs. 26, 49, 51 y 62-63. BAROJA, Pío, *Comunistas, judíos y demás ralea*, Valladolid 1938, es una colección de textos de diversas épocas del autor, con un prólogo de Giménez Caballero elogiándole por su carácter prefascista. Varios se extraen de dos novelas de 1903 y 1904 y de dos conferencias de 1920 y 1923. Sólo en esta última se habla del rencor judío como un componente del comunismo ruso (pág. 199). El resto son textos de la República y la Guerra Civil. Los primeros atacan duramente al comunismo, y se señala el enorme influjo sobre el mismo del espíritu excluyente, sectario y rencoroso del judaísmo, resaltando el carácter judío y mesiánico de Marx. Sólo en algunos de los textos de la guerra se eleva el tono del antisemitismo. En uno comenta los *Protocolos de los Sabios de Sión*, escritos «en medios próximos a los judíos» y que hablan «de la conquista del mundo por los hebreos», afirmando también que el comunismo, dominado enteramente por los judíos, es su instrumento de venganza contra la Europa que odian (págs. 66-70). En otro resalta enormemente el carácter popular del nazismo (págs. 103-105). Aunque en otros distinguía a los sefardíes de los askenazis, elogiando moderadamente a los primeros (págs. 71-80) o elogiaba las ideas de Walter Rathenau (págs. 81-92). CARO BAROJA, Julio, *Los Baroja*, Madrid 1978, dice que la ocurrencia del libro fue de Giménez Caballero, y que él no sabía el contenido que iba a tener el volumen (pág. 306). Explica también que estando su tío exiliado, le escribió pidiéndole que no declarase contra el bando franquista para no perjudicar la situación de su familia en Vera. Baroja creyó que estaba amenazada y «mandó a la zona nacional unas declaraciones hostiles a la República» (pag. 303). LISBONA, José Antonio, *Retorno a Sefarad. La política de España hacia sus judíos en el siglo* XX, Barcelona 1993, pág. 101, recoge la versión de Giménez Caballero en sus memorias, según la cual tío y sobrino prepararon por su cuenta la edición del libro para mejorar su situación en la España franquista, utilizando sin su permiso un artículo suyo como prólogo.

Dios son irrevocables», rechazando así la acusación de deicidio. Pese a esta postura conciliar, Vicente Serrano señalaba en 1978 cómo la práctica totalidad de los libros de texto religiosos de los años 70, incluso tras la muerte de Franco, reiteraban todos los tópicos de este antisemitismo que llamamos teológico. De modo mucho más revelador, una enorme *Biblia para la iniciación cristiana*, editada en tres volúmenes en 1977 por la Comisión Episcopal de Enseñanza, daba la imagen de unos israelitas que en tiempos del Antiguo Testamento «no podían llegar a Dios ni purificar de verdad su conciencia», siendo siempre infieles a Yahveh, por lo que, tras condenar a Jesús, Dios ya no los escucha. Uniendo estos argumentos a los del estereotipo más clásico, el libro afirmaba: «Los judíos no oyen la voz del Padre, ni conservan su mensaje, ni quieren acudir a Jesús para encontrar la vida eterna... Ocupados nada más que en mirar en sí y para sí, se han vuelto incapaces de percibir el signo del amor de Dios a los hombres: Jesús; sólo aspiran a matarle». Por supuesto que es todo el pueblo judío, «el de entonces, el de ahora y el que vendrá», el que, por orgullo, odio y ambición, condena a Jesús, pese a que el Concilio había afirmado exactamente lo contrario [3].

Si nos hemos detenido en este persistente antisemitismo teológico del catolicismo español es porque, a nuestro juicio, constituyó el caldo de cultivo que permitió desarrollarse en los años 30 el más radical, el del mito de la conspiración judía mundial, objeto principal de nuestro estudio.

En este último grado de antijudaísmo debemos distinguir a su vez, como hace Norman Cohn, entre dos tendencias diferenciadas: la cristiana y la racista *völkisch*. La primera, asentada sobre el viejo antisemitismo teológico, fue abrazada a finales del pasado siglo por diversos sectores del catolicismo europeo, como el movimiento cristiano-social del austriaco Lueger, o periódicos como el francés *La Croix* o el jesuita italiano *La Civiltá Cattolica*. Pero no todos los católicos aprobaban estas ideas. Los pontífices nunca lo hicieron, aunque tampoco las condenaran. Varios obispos austriacos rechazaron el antijudaísmo del alcalde vienés. Poliakov señala que en la Alemania guillermina sólo el *Zentrum* católico y la socialdemocracia estaban exentas de elementos antisemitas.

El antisemitismo ruso, alentado por el régimen zarista, era, así mismo, de clara raíz cristiana, aunque comenzó a manifestar tendencias racistas a comienzos del siglo XX [4].

También a fines del siglo XIX comenzaron a difundirse en Alemania las ideas de un racismo pretendidamente científico y biológico, fuertemente antisemita, a partir de los escritos de autores como Houston S. Chamberlain, Wilhelm Marr, Eugen Dühring o Theodor Fritsch [5].

[3] *Lumen Gentium*, 16 y *Nostra Aetate*, 4, en *Documentos completos del Vaticano II*, Bilbao 1965, págs. 24 y 469-471. SERRANO, Vicente, «El judaísmo en los libros de enseñanza religiosa en España»: *El Olivo*, núm. 7-8, VII a XII-1978, págs. 7-28.

[4] COHN, Norman, *El mito de la conspiración judía mundial*, Madrid 1983, págs. 35 y 44-51. POLIAKOV, *op. cit.*, págs. 33, 42, 44, 51, 54-61, 77, 140 y 154.

[5] COHN, *op. cit.*, págs. 186-194. POLIAKOV, *op. cit.*, págs. 243-251.

Las dos tendencias antisemitas tenían en común la creencia en el mito de la conspiración judía mundial. Revoluciones y movimientos revolucionarios, masonería, prensa, gran capitalismo, nuevas costumbres, incluso el arte contemporáneo, todo estaba dominado secretamente por el judaísmo, siendo utilizado como arma en sus meticulosos planes de destrucción. Ambos antisemitismos creían que la conspiración judía había sido desvelada al publicarse en la Rusia zarista los *Protocolos de los Sabios de Sión*, que afirmaban que eran los documentos discutidos secretamente por los miembros reunidos en el Congreso Sionista de Basilea de 1897, que sólo de cara al exterior había tratado el problema del hogar judío. Aunque realmente eran una falsificación de los servicios secretos zaristas, plagiando un libro de la época de Napoleón III que nada tenía que ver con el tema judío, según descubrió *The Times* en 1921 [6].

La diferencia entre ambas tendencias estribaba en la definición de lo judío. Para los antisemitas cristianos el elemento definidor era el religioso y espiritual, de modo que una sincera conversión al cristianismo liberaba al individuo de la intrínseca perversidad del pueblo de Israel. Así ocurrió con Jacob Brafman, judío converso, transformado en agitador antisemita en Rusia al servicio de la Ojrana, como si fuera un moderno Torquemada. Los ideólogos *völkisch*, como luego el nazismo, definían al judío racialmente, por lo que era imposible escapar a su perversidad de naturaleza biológica. Mientras para los anteriores los judíos sostienen una guerra a muerte contra el cristianismo y su civilización, para los racistas su enemigo secular es la raza aria, raza superior creadora de la civilización. En este sentido los más radicales o sinceros despreciaban al cristianismo como un producto más del judaísmo.

Entre los católicos, el mito antisemita se funde, a fines del siglo XIX, con otro más antiguo: el de la acción demoníaca de la masonería y otras sectas, contra el cristianismo y su civilización. Este mito se forma en Francia entre los antiilustrados del siglo XVIII, y se extendió desde allí entre los reaccionarios españoles, especialmente en el periodo que va de la Revolución Francesa a las Cortes de Cádiz, como ha estudiado Javier Herrero. Para estos reaccionarios, la revolución liberal y sus antecedentes ilustrados eran producto de una conjura satánica de la temible secta contra el orden cristiano europeo [7].

Si bien los papas nunca aprobaron las ideas antisemitas, sí que fueron adalides de la lucha antimasónica. Las primeras condenas pontificias datan del siglo XVIII, pero es en el XIX cuando se multiplican. Ferrer Benimeli afirma que Pío IX y León XIII condenaron a la masonería en, al menos, 145 y 228 ocasiones, respectivamente [8].

Así es como, al iniciarse el antisemitismo contemporáneo, muchos católicos lo unieron al mito de la conjura masónica mediante el célebre contuber-

[6] COHN, *op. cit.*, págs. 69-116 y 285-290.

[7] HERRERO, Javier, *Los orígenes del pensamiento reaccionario en España*, Madrid 1988, págs. 23, 166-179, 201-218, 294-295, 300-301, 321, 334 y 337.

[8] FERRER BENIMELI, José Antonio, *El contubernio judeo-masónico-comunista*, Madrid 1982, págs. 40-44.

nio judeo-masónico en el que, normalmente, la masonería, más que aliada del judaísmo, aparecía como una de sus más importantes armas destructivas, sin que los mismos masones lo supieran.

CUADRO: GRADOS DEL ANTISEMITISMO

Inferior:	Estereotipo antisemita.
Medio:	Antisemitismo teológico.
Superior:	Mito de la conspiración judía mundial. Dos tipos: —Cristiano: se une al anterior mito antimasónico. —Racista *völkisch*.

El antisemitismo contemporáneo ha provocado un importante debate historiográfico. Algunos autores lo han interpretado como el típico chivo expiatorio: los judíos fueron escogidos como la víctima inocente e inerme a la que culpar de todos lo males en épocas de crisis. René Girard es un caso extremo de esta interpretación, basándose en el análisis de mitos y textos. Para él las masas atacan espontáneamente al chivo, absolutamente inocente, durante crisis sociales profundas que denomina de indiferenciación, en las que las diferencias sociales se borran en medio de una lucha de todos contra todos. Hannah Arendt rechaza este tipo de interpretación del antisemitismo contemporáneo. Los judíos no fueron odiados por azar, y es preciso analizar su posición social y política en la Europa del siglo XIX para explicar ese odio [9]. En todo caso, este debate carece de interés para nuestro tema, puesto que el antisemitismo español apenas tiene relación con una comunidad judía casi inexistente en el país. Como luego intentaremos explicar, el antisemitismo español tuvo una función esencialmente ideológica, y era directa importación del extranjero, especialmente del francés.

PRIMEROS PERIODOS DEL ANTISEMITISMO

En los años del «affaire Dreyfus» y los *pogroms* de la Rusia zarista, el antisemitismo español se manifiesta de modo residual, circunscrito a los círculos tradicionalistas e integristas antiliberales, muy minoritarios socialmente, aunque con gran predicamento entre el clero. Por el contrario, el carácter mayoritariamente liberal de la clase política e intelectual se manifestó en una tendencia de abierta simpatía hacia los judíos, y muy especialmente hacia los sefardíes, que durante cuatro siglos habían conservado la lengua y la cultura de su antigua patria española. Los liberales rechazaban la intolerancia religiosa de los Reyes

[9] GIRARD, René, *El chivo expiatorio*, Barcelona 1986. ARENDT, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo. 1. Antisemitismo*, Madrid 1981. El libro de Girard, siendo muy sugestivo en muchos aspectos, nos parece que tiene entre sus fundamentos una muy simplista visión de la acción colectiva de las masas, que ignora por completo los estudios sobre el tema de las últimas décadas.

Católicos. La ocupación de Tetuán por Prim en 1859 supuso la primera toma de conciencia de la afinidad espiritual con los sefardíes, contribuyendo, además, al asentamiento de pequeñas comunidades judías en España. El debate sobre la libertad religiosa en las Constituyentes de 1869 abordó también el tema judío. Y el ambiente se mantuvo durante la Restauración, cuando el Gobierno de Sagasta hizo pública, en 1881, la oferta de acoger a los judíos que huían de las persecuciones de Rusia. El senador López Lapuya fundó al respecto el Centro Español de Inmigración Israelita, mientras el cónsul en Odessa, Rascón, intentaba con muy poco éxito canalizar la inmigración de los hebreos rusos.

El ambiente filojudío cuajó plenamente a comienzos de nuestro siglo gracias a la incesante labor del también senador liberal Angel Pulido, en pro del acercamiento a las comunidades sefardíes. Gracias a él se funda en 1910 la Unión Hispano-Hebrea, patrocinada por Alfonso XIII, y en 1915 el Gobierno Romanones creó la cátedra de Hebreo de la Universidad Central, cubierta por el profesor sefardí Abraham Yahuda. En 1920 la Casa Universal de los Sefardíes, fundada en Madrid, recibía la adhesión de gran número de personalidades de variada significación política, que incluía a destacados liberales y republicanos, como Romanones, Alcalá Zamora, Alba, García Prieto, Melquiades Alvarez o Lerroux, pero también a conservadores como Maura, Goicoechea o La Cierva. Se sumaban también gran número de intelectuales y otras altas personalidades. El propio monarca alentó personalmente las actividades de Pulido, y se entrevistó en diferentes ocasiones con figuras destacadas del mundo judío [10].

No obstante, este filojudaísmo de políticos e intelectuales no siempre coincidía con la mentalidad del pueblo común, desconocedor desde siglos del trato con los judíos y heredero de prejuicios de origen medieval, acrecentados por la ignorancia y las prédicas del clero. «Contra el judío en sí seguía existiendo una especie de prevención popular colectiva que las autoridades sólo fueron destruyendo lentamente», nos dice Caro Baroja, quien afirma que en la primera mitad del siglo XIX eran muchos quienes, entre las gentes sencillas, creían que los judíos tenían rabo, causa por la que los antiliberales representaban a Mendizábal con dicho apéndice. Samuel Toledano, judío español, recordaba recientemente que en la década de 1920, al enterarse que era judía, una señora levantó las faldas a su hermana de cuatro años, en un parque de Málaga, para ver si tenía cola [11]. Pero, al margen de estos casos extremos, no podemos olvidar el arraigo que incluso en nuestro idioma tiene el prejuicio contra lo «judío», con expresiones como «hacer un judiada» o «no seas judío».

---

[10] Diversos libros tratan de la relación de España y los sefardíes en este periodo. Hemos consultado: GONZÁLEZ, Isidro, *El retorno de los judíos*, Madrid 1991, págs. 85-99, 129 y ss., 148-162 y 175-201; MARQUINA, Antonio y OSPINA, Gloria Inés, *España y los judíos en el siglo* XX, Madrid 1987, págs. 27-74; CARO BAROJA, Julio, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid 1978 (2.ª ed.), t. III, págs. 211.224; AVNI, Haim, *España, Franco y los judíos*, Madrid 1982, págs. 17-28; LISBONA, *op. cit.*, págs. 20-25 y 30.

[11] CARO BAROJA, *op. cit.*, págs. 201 y 204. TOLEDANO, Samuel, «Judíos españoles de ayer a hoy»: *Raíces. Revista judía de cultura*, III a V-1986, pág. 49.

Como ya hemos mencionado, una parte importante del clero y de la derecha integrista atacó desde el comienzo el nuevo filosefardismo, haciéndose eco de los textos del antisemitismo europeo, especialmente el francés, integrándolos en el más extenso movimiento antimasónico. León XIII había alentado especialmente este último, que cuajó en la constitución de una «Unión Antimasónica Universal». En septiembre de 1896 se organizó en Trento, con el patrocinio del pontífice, un congreso antimasónico con cerca de 800 delegados, de entre los cuales 36 obispos y 50 delegados episcopales. Al mismo se adhirieron la jerarquía española y diversas personalidades de la derecha política, algunas del liberalismo moderado, como Gamazo o Maura. Es en este ambiente en el que la recepción del antisemitismo *antidreyfusard* propicia la definición, en nuestro país, del «contubernio judeo-masónico» en una serie de libros y folletos, de autores como Tirado y Rojas, Serra y Causa, Casabó y Pagés o Tineo Heredia, varios de ellos clérigos. Estos autores atacaban a los judíos con argumentos del estereotipo tradicional y del antisemitismo teológico, aplaudían la expulsión de 1492 y rechazaban el retorno de los judíos y las declaraciones al respecto del Gobierno liberal. El padre Pijoan tradujo y difundió *La France juive*, de Drumont. Diversos manuales católicos de Historia de España destacaban el nefasto papel de los hebreos en la misma, aplaudiendo la política de los Reyes Católicos. Medios de la prensa integrista como *El Siglo Futuro*, *La Cruz*, *La Lectura Dominical*, *El Fénix* o *El Mensajero del Corazón de Jesús*, jesuita, difundían estas ideas [12].

Hubo también un reducido número de intelectuales no católicos, o incluso anticatólicos, que en torno al cambio de siglo participaron de actitudes antisemitas, aunque influidos por autores progresistas, como Voltaire, y por las modernas corrientes del vitalismo alemán. Nos referimos especialmente a Pardo Bazán, Maeztu y Baroja [13].

En 1918 ya hay tres pequeñas comunidades judías organizadas en España, en Madrid, Barcelona y Sevilla, con sinagoga y centro social. El presidente de la madrileña, Ignacio Bauer, nieto del representante español de los Rothschild en el siglo anterior, era banquero y hombre de gran relevancia pública: dueño de las editoriales CIAP, Zeus y Cénit, presidente del Colegio de Doctores, académico de la Historia, diputado liberal en 1923 (su hijo lo fue en 1910), contaba entre sus amistades con la del propio rey y con personalidades conservadoras como Menéndez Pelayo, Eugenio D'Ors o el padre Ayala, jesuita y fundador de *El Debate* [14].

Y es que, como venimos diciendo, no todos los católicos participaban de las ideas antisemitas del integrismo. Yahuda, ante los ataques que recibía de muchos sectores del clero, dimitió de su cátedra en 1920, no siéndole aceptada por el ministro, por lo que terminó abandonándola dos años después.

[12] GONZÁLEZ, I., *op. cit.*, págs. 175-205. MARQUINA y OSPINA, *op. cit.*, págs. 27-74. CARO BAROJA, *op. cit.*, pág. 224. LANNON, Frances, *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia Católica en España 1875-1975*, Madrid 1978, pág. 47.

[13] GONZÁLEZ, I., *op. cit.*, págs. 172-173. CARO BAROJA, *op. cit.*, págs. 227-228.

[14] LISBONA, *op. cit.*, págs. 26-34.

Pese a ello mantenía amistosa relación con el obispo de Valencia, Salvador y Barrera, y con el presidente de la Academia de la Historia, el jesuita Fidel Fita. En nuestras lecturas, no exhaustivas, de *Razón y fe*, órgano intelectual de la Compañía, no hemos encontrado referencias antisemitas durante esos años [15]. Sin embargo, por el contrario, en 1914 algunos sectores de la derecha maurista denunciaban que la campaña contra su jefe estaba organizada conjuntamente por masones, protestantes, racionalistas y judíos, manifestando así su creciente alejamiento del mundo liberal español [16].

Los años de la inmediata postguerra española, con la revolución rusa y los movimientos revolucionarios de Hungría y Alemania, la aguda crisis económica y política y la extensa agitación social que se desarrollaron en Europa, propiciciaron el segundo gran momento del antisemitismo europeo, estrechamente ligado a la difusión de los *Protocolos* por los zaristas exiliados, traducidos entonces a los principales idiomas. Pero en estos años, y pese a la profunda crisis que recorría el sistema político español, las tendencias liberales eran aún mayoritarias, salvo en los círculos reseñados. Eso explica que la prensa apenas se hiciera eco de las interpretaciones en clave antisemita de la guerra y la crisis, que se difundían por Europa. Martínez Sanz, estudiando la prensa de 1919, afirma que sólo el corresponsal de *ABC* en Berlín, Bueno, bajo el pseudónimo de Antonio Azpeitua, recogió las tesis del antisemitismo alemán, haciéndolas plenamente suyas: la guerra, el derrotismo interior y la traición final que provocó la rendición alemana fueron fruto de las maniobras de los judíos, que manejaban la prensa y los partidos demócratas, socialista y comunista. Alemania fue llevada así a la derrota y la esclavitud, según la leyenda de «la puñalada trapera». Martínez Sanz afirma que las crónicas de Bueno, tituladas «Apuntes para la historia de la revolución alemana», apenas tuvieron eco en la opinión, ni tampoco fueron apoyadas por la línea editorial del diario, en el que aparecieron poco después una serie de artículos filosemitas sobre el hogar judío en Palestina, titulados «La cuestión judía» y firmados por Sofía Casanova. El Ministerio de Exteriores de la nueva república germana protestó ante la embajada española en Berlín por los artículos de Azpeitua. Por el mismo conducto diplomático, el profesor Leopold Landau escribió a Yahuda refutando las tesis de Bueno y pidiéndole que organizara una campaña de réplica, para evitar que la peste antisemita llegara a España, «donde hoy en día dominan sentimientos muy benévolos respecto a los judíos». Quizás una intervención de Yahuda ante Luca de Tena propiciase el que algunas de las crónicas de Berlín no se publicaran. El 19 de junio Bueno iniciaba una nueva serie, «La paz de la muerte», en la que ya no se aludía a los judíos, sustituidos por la plutocracia [17].

---

15 *Ibid.*, pág. 21.

16 TUSELL, Javier y AVILÉS, Juan, *La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo*, Madrid 1986, pág. 68.

17 MARTÍNEZ SANZ, José Luis, «Reflejo en España del antijudaísmo alemán prehitleriano», en RUIZ GÓMEZ, Francisco y ESPADAS BURGOS, Manuel, eds., *Encuentros en Sefarad. Actas del Congreso Internacional «Los judíos en la Historia de España»*, Ciudad Real 1987, págs. 349-367.

El ambiente filosemita predominante afectó también al régimen de Primo de Rivera. El Directorio Militar aprobaba el 20-XII-1924 un decreto dando un plazo de seis años para solicitar la nacionalidad española a los sefardíes del antiguo Imperio Turco que tuvieran ya el *estatus* de «protegidos». En enero de ese año se había enviado un lote de libros a la Biblioteca Nacional de Jerusalén [18]. Sin embargo, el judío socialista melillense, León Levy, recuerda que fue también el Gobierno de Primo de Rivera el que obligó a hacer el servicio militar a todos los hebreos nacidos en Ceuta y Melilla, sin que eso supusiera la concesión de la nacionalidad ni nigún otro derecho [19].

Sin embargo, en los años veinte las ideas antisemitas fueron saliendo de los círculos integristas y tradicionalistas, en cuya prensa, no obstante, se podían seguir leyendo las clásicas formulaciones del que hemos llamado antisemitismo teológico: «En los judíos se halla el odio satánico que todo lo cristiano les inspira» [20]. Un diario católico, pero no integrista, de tanta influencia como *El Debate*, contribuyó también en esta década a difundir los tópicos antijudíos. García Escudero, en su estudio sobre el periódico, rechaza que éste fuera antisemita, salvo el «lapsus» del editorial de 4-VI-1921 titulado «Semitismo inoportuno». Nosotros, por el contrario, creemos que el periódico contribuyó a divulgar las ideas del antisemitismo católico centroeuropeo a través de las crónicas que, desde Alemania y Austria, enviaban sus corresponsales Dr. Froberger y Danubio. Este último, especialmente, informaba con cierta periodicidad del espeluznante «peligro judío» que acechaba a Austria y a Europa en general. Danubio justificaba que el Partido Social Cristiano y la prensa católica se uniesen a otras fuerzas en «una formidable campaña contra los judíos». En toda Europa central, decía, «se persigue a los judíos, se les combate y se les odia, convencidos los que así obran de que los judíos son casi los únicos portadores del microbio bolcheviqui y de que son a la vez los peores enemigos de la familia y la religión cristiana. El ejemplo de Rusia, en donde casi todos los gobernantes y los altos funcionarios son judíos, causa horror y espanto». En Austria, informaba también, los judíos dominaban la casi totalidad de la prensa y la banca, la industria, el comercio, el mundo de las artes y los espectáculos, y buena parte del ejercicio de la abogacía y la medicina [21].

---

[18] AVNI, *op. cit.*, pág. 223. Este decreto de 1924 es uno de los orígenes de la leyenda de la salvación de los sefardíes por el franquismo durante la 2.ª Guerra Mundial, al confundirse sefardí con judío de nacionalidad española. Los folletos del Ministerios de Asuntos Exteriores de 1949, escritos como réplica al voto israelí contra España en la O.N.U., afirmaban que el decreto de Primo ofrecía la nacionalidad a todos los sefardíes, en vez de a los que ya eran protegidos. Esta mentira pasó a la *Enciclopedia Hebrea* y a la *Judaica*, y al I Simposio de Estudios Sefardíes de 1964, donde los hijos de los doctores Pulido y Marañón lo afirmaron pese a que, curiosamente, sus *Actas*, publicadas más tarde, recogen el texto íntegro del decreto: HASSAN, Iacob M., *Actas del I Simposio de Estudios Sefardíes*, Madrid 1970, págs. 75 y 336.

[19] LEVY, León, «Algo más sobre los judíos españoles: Melilla»: *Raíces. Revista judía de cultura*, núm. 3-4, 1987, pág. 29.

[20] GARCÍA, Eduardo, «El peligro nacionalista»: *El Siglo Futuro*, 19-IV-1924.

[21] GARCÍA ESCUDERO, José María, *El pensamiento de El Debate. Un diario católico en la crisis de España (1911-1936)*, Madrid 1983, págs. 74-75. DANUBIO, «El problema judío» y «Desde Viena. Los judíos en Austria y en los demás países mundiales»: *El Debate*, 1 y 17-XI-1925.

En más de una ocasión los editoriales del diario comentaron elogiosamente las crónicas de sus corresponsales. El titulado «Lo del día. El peligro judío», ignorado por García Escudero, defendía las tesis del Dr. Froberger y sostenía que el socialismo y el comunismo en Rusia, Alemania, Austria, Francia y Gran Bretaña estaba dominado por los judíos: «esos contubernios los conocemos de antiguo. Con todo, nos parece interesante consignar de un modo concreto hasta qué punto la intervención judía en el movimiento socialista y bolchevista es efectiva y extensa». El editorial apoyaba sus argumentos citando los *Protocolos*, sin mencionar siquiera el debate sobre su veracidad sino, muy al contrario, afirmando que la cita pertenecía a «uno de los discursos pronunciados en el Congreso Sionista de Basilea en 1897» [22]. En el mismo diario, Manuel Graña daba cuenta de los esfuerzos de Pío XI y algunos sectores católicos para acercarse al judaísmo con miras a su conversión. Sin embargo, Graña expresaba la desconfianza de muchos ante estos esfuerzos citando las declaraciones de un obispo español: «Por mucho que hagamos, los judíos son siempre pérfidos» [23].

En 1928 apareció una importante obra antisemita de la pluma de un periodista de *La Epoca*, órgano del Partido Conservador idóneo, lo que muestra la paulatina difusión del antisemitismo entre la derecha no integrista. *La civilización en peligro*, de Luis Araujo-Costa, colaborador de *Acción Española* durante la República, definía la civilización occidental como clásica y cristiana, la única verdadera civilización. Esta se veía amenazada ahora por diversos peligros, como el orientalista, aunque el principal de todos era el judío. El capítulo titulado «El espíritu judío», de más de 150 páginas, definía lo judío no por la raza o por la religión, sino por el espíritu farisaico. Araujo recogía todos los elementos esenciales del mito de la conspiración procedentes de los *Protocolos*, y aunque reconocía que probablemente eran una falsificación, afirmaba tajantemente que su contenido coincidía con la realidad. Tras describir con detalle el plan de destrucción hebreo, concluía: «Al deicidio debían unir el humanicidio, y ya estamos en los primeros pasos de este nuevo viacrucis». Para evitarlo, pedía que no se tuviese con los judíos una tolerancia que rápidamente usarían contra el ingenuo tolerante. Por el contrario, propugnaba reimponer las medidas de *ghettización* y de obligación de llevar símbolos distintivos que había dispuesto una bula de Benedicto XIII en 1415 que, según decía, conservaba plena vigencia. El libro del periodista conservador fue muy elogiado por *Razón y fe* que, sin embargo, apenas resaltó el antisemitismo central de la obra [24].

Poco a poco estas ideas iban calando en determinados sectores de la derecha antiliberal. Así, el ideólogo de la Dictadura de Primo de Rivera, José Pemartín, en una obra apologética sobre el régimen incluía de pasada, como si fuera una verdad evidente, y sin volver a tratar el tema, la afirmación de que la revolución

---

[22] *El Debate*, 15-II-1925.

[23] Graña, M., «La conversión de los judíos»: *El Debate*, 7-IV-1926.

[24] Araujo-Costa, Luis, *La civilización en peligro. Las llamadas de Oriente. El espíritu judío. La tiranía del Estado. Los enemigos de la inteligencia*, Madrid 1928, págs. 141-297; las ideas resaltadas en págs. 153, 271-277 y 291-297. En págs. 308-315 se explica cómo los judíos atacan la familia y la propiedad de los gentiles, preservando las propias. Eguía, C., «Examen de libros»: *Razón y fe*, V-1928, págs. 374-376.

rusa y la agitación comunista de la postguerra habían sido dirigidas por los judios directamente desde Moscú [25].

Un último testimonio del alcance que iban teniendo las ideas antisemitas lo tenemos en el propio monarca. Pese a sus apoyos ya mencionados a la causa filosefardí, a la altura de 1925 le decía al agregado militar francés en Madrid que la sublevación rifeña era «el comienzo de una sublevación general del todo el mundo musulmán por instigación de Moscú y del judaísmo internacional» [26].

DURANTE LA REPÚBLICA

La crisis política y social que se abre en 1931, y que no hizo sino agudizarse hasta el estallido de la Guerra Civil, fue el caldo de cultivo en el que se desarrollaron las ideas antisemitas, especialmente entre los diversos sectores de la extrema derecha, es decir, la derecha antiliberal. La importante difusión que tuvieron en este periodo los *Protocolos de los Sabios de Sión* contribuyó a la divulgación del mito de la conspiración mundial judeomasónica, que se utilizaba para explicar los acontecimientos políticos de la España del momento.

Durante la República los *Protocolos* tienen, que sepamos, al menos cinco editores en España. El jonsista Onésimo Redondo los publica en su semanario vallisoletano *La Libertad*, entre febrero y julio de 1932, recogiéndose luego en un librito coeditado con Afrodisio Aguado [27]. Manuel Aguilar, dueño de la importante editora de su nombre, los publica, sin especificar el traductor, en 1932, acompañándolos de una «Advertencia del editor». En ella se hace eco de la enorme repercusión que el libro ha tenido desde 1920 y de la polémica sobre su autenticidad. Pese a decir que *The Times* «demostró» su falsedad en agosto de 1921, Aguilar terminaba comentando: «Auténticos o no, el documento es curioso y de una gran actualidad». Incluso en el título quedaba ambigua la autenticidad del documento. La editorial Aguilar no estaba vinculada a la extrema derecha española y su dueño, paradójicamente, estaba casado con una judía de Jerusalén y había sido amigo de Max Nordau [28].

Pablo Montesinos Espartero, duque de la Victoria, militar especializado en temas antisemitas y descendiente del vencedor de Luchana, había traducido y editado en 1927 la versión de los *Protocolos* de Mons. Jouin, que en 1936 la editorial Fax publicaba por sexta vez. El cuarto editor del texto antisemita es el P. Juan Tusquets, director de *Las Sectas. Biblioteca trimestral*, colección de libros que recogían diversos trabajos de uno o varios autores sobre la masonería y el judaísmo. El volumen 2 de la serie, de 1932, incluía una traducción

---

[25] PEMARTÍN, José, *Los valores históricos de la dictadura española*, Madrid s.f. (pero 1929), págs. 70-71.

[26] Recogido del archivo militar francés por GÓMEZ NAVARRO, José Luis, *El régimen de Primo de Rivera. Reyes, dictaduras y dictadores*, Madrid 1991, pág. 112.

[27] LISBONA, *op. cit.*, pág. 92. *Protocolos de los sabios de Sión*, eds. Libertad y Afrodisio Aguado, Valladolid-Palencia s.a. (pero 1933). Esta edición afirma basarse en varias extranjeras, y lleva notas explicativas con constantes alusiones a la situación de España y la actualidad política.

[28] *Protocolos de los Jefes de Israel. ¿Un plan secreto de los judíos?*, Ed. M. Aguilar, Madrid 1932. LISBONA, *op. cit.*, pág. 35.

de los *Protocolos* de Alfonso Jaraix, acompañado de dos estudios sobre la conspiración que en ellos se denunciaba y su aplicación a España. El mismo año se publicaba en Bilbao una traducción de la versión inglesa de Víctor Marsden, firmada por F.J.Y. [29].

Ante este alud de publicaciones, la editorial de Ignacio Bauer publicó un libro de Lucien Wolf, de 1920, que demostraba la falsedad de los *Protocolos* aun antes de que *The Times* descubriese el plagio [30]. El libro de Wolf, traducido por Yahuda Sefardí, probable pseudónimo, es un espléndido estudio sobre las fuentes de los *Protocolos* y las circunstancias históricas de su origen en la Rusia zarista, que hoy mismo nos parece de gran interés.

Los *Protocolos* no sólo impresionaron a miembros de la extrema derecha española. Su influjo debió de alcanzar a individualidades de otros ámbitos políticos, como el singular presidente guipuzcoano del pequeño Partido Republicano Federal, Juan Machimbarrena. En un curioso libro de 1932, este ingeniero donostiarra defendía la tesis de la conjura mundial judía, tomando a los *Protocolos* como fuente esencial. Machimbarrena defendía el capitalismo manchesteriano más puro, sin sindicatos ni huelgas, como el sistema económico perfecto, frente al que la conspiración judía alzaba una terrible tenaza, causante de la crisis económica mundial. Uno de sus brazos era el oro, manejado por las finanzas judías para provocar las inestabilidades monetarias, frente a las cuales proponía el abandono del patrón-oro y el establecimiento de un banco mundial de la Sociedad de Naciones. Ligados a «los acaparadores de oro, a la alta banca» estaban los *trust*, verdadero «socialismo capitalista» anulador de la libre competencia y la iniciativa privada. El otro brazo de la pinza que los judíos emplean para arruinar el mundo era el socialismo obrerista y su traducción en el intervencionismo económico y social del Estado. Sobre esta base, Machimbarrena expone con detenimiento los textos y las tesis de los *Protocolos* y otros documentos clásicos del antisemitismo, como «El discurso del rabino», y nos ilustra sobre el absoluto dominio de los judíos en la revolución bolchevique y el comunismo, financiados por la gran banca judía norteamericana. La obra que analizamos difiere muy poco de la de cualquier antiliberal de extrema derecha. Denuncia también el odio judío al cristianismo y su labor destructora de la familia, la propiedad, la religión y las naciones. Su originalidad estriba en su interpretación de la crisis económica mediante la conjunción judía del oro y el socialismo, contra el carácter perfecto del capitalismo liberal más puro, que el autor defiende junto al sufragio universal, la república federal o la Sociedad de Naciones [31].

---

[29] *Los peligros judeo-masónicos. Los Protocolos de los Sabios de Sión*, Impr. Aldecoa, Madrid-Burgos 1927, y Ed. Fax, Madrid 1936 (6.ª ed.). TUSQUETS, Juan, ed., *Los poderes ocultos en España. Los protocolos y su aplicación a España. Infiltraciones masónicas en el catalanismo. El señor Maciá ¿es masón?*, Biblioteca trimestral Las Sectas núm. 2, Barcelona 1932. Se insertan los *Protocolos* en págs. 47-167, y terminan: «Firmado por los representantes de Sión del grado 33». *Protocolo de las reuniones de los sabios de Sión*, Impr. Mayli, Bilbao 1932.

[30] WOLF, Lucien, *El fantasma judío y los falsos protocolos de los ancianos sabios de Sión*, CIAP, Madrid 1933.

[31] MACHIMBARRENA, Juan, *La crisis mundial. El oro. El socialismo. Los judíos*, San Sebastián 1932.

Uno de los principales difusores del mito del contubernio judeo-masónico durante la República fue el padre catalanista Juan Tusquets, director, como hemos visto, de la colección *Las Sectas*. Bastantes de los trabajos que se publicaban en ella se limitaban a denunciar las maniobras masónicas en España, desvelando la pertenencia a las logias de gran parte de los dirigentes políticos del régimen republicano. Pero otros muchos se centraban en el tema de la conspiración judía, glosando los principales documentos de la misma y analizando su cumplimiento puntual en la revolución rusa y otros acontecimientos de la historia reciente. Abundan también visiones procedentes de lo que hemos llamado antisemitismo teológico, como la que afirma que los judíos, desde el deicidio, llevan «el carácter sobrenatural de su castigo». Y, por supuesto, nos encontramos también con impresionantes estereotipos del pueblo hebreo, que a veces rayan en el racismo. Las fuentes más comúnmente citadas en *Las Sectas* proceden del antisemitismo francés, y especialmente de Mons. Jouin y su *Revue Internationale de Sociétès Secretes*. Por el contrario, la influencia del racismo nazi es prácticamente nula. Uno de los trabajos de la colección denuncia abiertamente, incluso, el carácter pagano, anticristiano y hasta filomasónico de la *swástica* y de «Hitler y sus secuaces, los racistas alemanes» [32].

Podemos afirmar que todos los grupos ideológicos de la extrema derecha antirrepublicana se vieron afectados en mayor o menor medida por las ideas antisemitas, que iban ganando terreno, como hicieron notar dos observadores de la Jewish Colonization Association en 1934 y 1935 [33].

Martin Blinkhorn nos explica cómo para el tradicionalismo carlista, desde el 14 de abril, la república era el preludio de una revolución comunista dirigida por los judíos. Series de artículos como «La conspiración judía» o «El problema judío» aparecieron en periódicos de la Comunión Tradicionalista como *El Siglo Futuro* de Madrid o *La Unión* de Sevilla. Uno de los periodistas del primero, Fabio, colaboraba en *Las Sectas*, de Tusquets, lo mismo que René Llanas y Niubó, afiliado también a la C.T.C. y secretario general de los Sindicatos Libres en 1935, año en que publicó en la colección un libro completo, *El judaísmo*. Todos los tópicos del mito desfilaban por las páginas de la prensa carlista para denunciar los acontecimientos de la España republicana. No sólo De los Ríos, sino también Alcalá Zamora y Miguel Maura eran conside-

[32] Véanse, por ejemplo, los libros de *Las Sectas*: núms. 2 (citado en nota 29); núm. 4, TUSQUETS, J., ed., *José Ortega y Gasset, propulsor del sectarismo intelectual. La cruz swástica. Emilio Zola. ¿El comunismo en España? Imperialismo espiritual e imperialismo material. Graves afirmaciones acerca del masonismo del señor Maciá*, Barcelona 1932; y núm. 14, LLANAS Y NIUBÓ, René, *El judaísmo*, Barcelona 1935. Tusquets se define autonomista en el núm. 2 *cit.*, pág. 182. El artículo antinazi es de NÚÑEZ, Ignacio, «La cruz swástica», núm. 4, págs. 50-66. La cita sobre el castigo sobrenatural de los judíos en FABIO, «Estudio crítico de los Protocolos», núm. 2, pág. 16. FERRER BENIMELI, *op. cit.*, págs. 137 y 174-287, comenta la actividad de la empresa editorial del padre Tusquets, continuada en 1937 bajo el nombre de Ediciones Antisectarias, aunque comete algún error en las fechas, y da también una amplísima referencia antijudeo-masónica del periodo 1931-1945.

[33] AVNI, *op. cit.*, pág. 37.

rados judíos. Incluso tras la ruptura de la coalición con el P.N.V. editaron folletos, como el titulado *Judaísmo, nacionalismo, comunismo*, en los que se acusaba al partido de Aguirre de servir a la conspiración judeo-masónica-comunista. Y pese a las reservas que se hacían al nazismo, la prensa del partido aplaudía su política antijudía y se oponía visceralmente a «la invasión judía» de los refugiados alemanes que solicitaban venir a España. Durante la campaña de 1936 y tras el triunfo del Frente Popular, *El Siglo Futuro* editaba todos los sábados una «Página crítica sobre sectas». Al margen de ella destacaban especialmente los largos artículos de C. P., que denunciaban las maniobras de la *Komintern* en el mundo y, sobre todo, en España, agitando el movimiento obrero y engañando a los republicanos de izquierdas («los furrieles de la revolución judeomarxista») y a los separatistas burgueses. La *Komintern*, calificada constantemente de «judeomarxista», aparece como el arma de la U.R.S.S., «el Poder judeomarxista», y su fin es el triunfo de «el imperialismo de la Alianza Israelita, dueña absoluta de la U.R.S.S.,... , que intenta regentar el universo, lanzándose, por ahora, sobre su segunda víctima: ¡España!». El articulista aclara que «por encima de Stalin... está la "Alliance Israelite Universelle"». Dentro de un antisemitismo estrictamente cristiano, por supuesto, el deicidio judío era recordado una y otra vez por la prensa tradicionalista, y Judas era considerado a veces como el prototipo del pueblo hebreo [34].

Entre los monárquicos alfonsinos, *Acción Española* también difundía las ideas antijudeomasónicas, y comentaba con elogio las publicaciones del P. Tusquets, incluida la edición de los *Protocolos* [35]. Ramiro de Maeztu, en una conferencia de mayo de 1933, comentando el reciente triunfo del nazismo y su programa de veinticinco puntos, sostenía que los judíos «buscaban adueñarse de todos los bienes muebles del mundo. La raza judía está ligada a un sentimiento nómada de la vida». La admiración que entonces profesaba al nuevo canciller alemán le llevaba a decir que «el espíritu de todo el programa (nacionalsocialista) representa el espíritu del cristianismo positivo». Este antisemitismo en grado de estereotipo se ahondaba un poco dos años después, cuando afirmaba que los judíos creen «que su raza es el Mesías, con derecho a dominar a las demás y a engañarlas, explotarlas y corromperlas. También la suya es fe en el espíritu, aunque sea un espíritu maligno». Y en su

[34] BLINKHORN, Martin, *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona 1979, págs. 76, 124-128, 235, 254-258, 288, 296 y 319. Véase también LISBONA, *op. cit.*, págs. 96-97. Los artículos de C.P. consultados, en *El Siglo Futuro*, 6, 10, 18, 22 y 31-I-1936; 7, 12 y 25-II-1936; 28-IV-1936. Véanse también los de FABIO, 21-IV y 9-VI-1936. F. ROBLES DÉGANO, «El Anticristo. III», 8-V-1936, une el antisemitismo teológico y el mito de la conspiración al afirmar que el pueblo judío es el Anticristo apocalíptico, organizador de todas las revoluciones con las que está a punto de lograr «la conquista total del mundo». Las obras de Fabio y de Llanas y Niubó para *Las Sectas*, en nota 32.

[35] El marqués de la ELISEDA comenta los *Protocolos* en dos artículos, *Acción Española*, núm. 10, 1-V-1932, págs. 434-438 y núm. 24, 1-III-1933, pág. 667. Eugenio VEGAS LATAPIÉ elogia las obras de Tusquets en *Acción Española*, núm.7, 16-III-1932, págs. 103-105 y núm. 64-65, 1-XI-1934, págs. 388-389.

Defensa de la Hispanidad contraponía la universalidad de ésta al exclusivismo y la doble moral del judaísmo, enemigo de lo hispánico [36].

Plenamente imbuido de las tesis del antisemitismo radical estaba el padre Zacarías de Vizcarra, afincado en Buenos Aires y de quien Maeztu había tomado el concepto de Hispanidad. En clave providencialista, Vizcarra auguraba un triunfo final de la Hispanidad sobre las fuerzas del Anticristo, los judíos y sus secuaces, autores de la revolución rusa, la república española, el proceso de descristianización, etc. [37]

Otros medios de expresión de la extrema derecha monárquica se hacían eco del antisemitismo creciente. Mercedes Semolinos, en su estudio sobre la actitud de la prensa española ante el ascenso del nazismo en 1932-33, señala cómo el enorme interés de los cuatro diarios antidemócratas que estudia (*La Nación*, *Informaciones*, *El Debate* y *ABC*) ante el nazismo se debía a su carácter de ejemplo a la hora de destruir la democracia republicana de Weimar. De ahí los frecuentes paralelismos que establecían entre la situación alemana, tratada con elogio, y la española. Según esta autora la prensa citada, hasta la primera campaña antijudía de los nazis en marzo y abril de 1933, había dado alguna muestra esporádica de antisemitismo, así como su conformidad con el programa nacional-socialista que, según ella, predicaba el exterminio del pueblo judío. Pero en la primavera de ese año esta prensa inició un ataque sistemático al judaísmo y al anuncio del Gobierno español de acoger a los israelitas alemanes exiliados. En general, los cuatro diarios denunciaban el carácter judaico del socialismo, el comunismo y el progresismo democrático, y también el enorme poder económico de los judíos, su avaricia, codicia, usura y falta de escrúpulos. También se les acusaba de degeneración moral y de ser autores de crímenes sexuales, proxenetismo, difusión de drogas, pornografía e incluso, como en la Edad Media, de infanticidios. Varios colaboradores habituales de *Informaciones*, diario más tarde financiado por la Embajada alemana, según Lisbona, como Luis Astrana Marín, Luis de Valencia, Carlos Fernández Cuenca y Lázaro Fabré, abundaban en estas denuncias y presentaban a los judíos, junto a los masones, como los grandes destructores que manejaban secretamente, para sus fines, «la Banca, la prensa y las industrias más importantes». *ABC*, que durante 1932 había manifestado reservas frente al radicalismo nazi, acentuó sus simpatías hacia Hitler cuando éste se convierte en canciller. Este cambio se manifiesta en el envío a Berlín como corresponsal, en febrero de 1933, de César González Ruano, procedente de *Informaciones*, y que se declaraba abierto defensor del fascismo y del nazismo, siendo tiempo después falangista. Sus crónicas son de un manifiesto apoyo al antisemitismo racista nazi, según Semolinos. Defendía la lucha de

[36] MAEZTU, Ramiro de, «Hitler, su triunfo y su programa» y «El espíritu en la historia»: *Acción Española* núm. 11, 16-V-1932, págs. 539-541 y núm. 72-73, III-1935, pág. 529; *Defensa de la Hispanidad*, Madrid 1941 (4.ª ed.), pág. 211-213.

[37] MORODO, Raúl, *Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo*, Madrid 1980, págs. 257-261.

Hitler contra todo grupo racial que pudiera «emponzoñar» la sangre aria, y justificaba sus propia ideas en los grandes racistas del siglo pasado, Gobineau y Chamberlain. Aplaudía también el anuncio nazi de prohibir el *jazz* por ser «música de negros». El propio *ABC* justificaba, en un editorial del 13-IV, las primeras medidas antisemitas, diciendo que los judíos debían ser reprimidos como cualquier otro grupo que engañara al pueblo y se opusiera «a la grandiosa tarea de Hitler» [38].

La revista divulgativa *Ellas*, dirigida a las mujeres que acababan de adquirir el derecho al voto, y editada por los mismos intelectuales de *Acción Española*, con José María Pemán como primer director, era una revista donde la propaganda política y religiosa ocupaba mucho más espacio que los temas específicamente «femeninos». En 1933, año del triunfo hitleriano, *Ellas* difundió una virulenta propaganda antisemita en la que abundaban muchos de los tópicos del mito: «el odio y el egoísmo de esta raza parasitaria», su capacidad de destrucción, su alianza con la masonería y el socialismo, «la tiranía judía internacional que ya despunta en Rusia», etc. Se podían leer titulares como «El Socialismo aliado del judaísmo» o «Traidores que venden a su patria. Ante la invasión de los judíos», en alusión, el último, al problema de los refugiados alemanes [39].

Maeztu, en un artículo de *ABC* de 1932, expresaba bien el interés de la extrema derecha española por el nazismo como ejemplo de vía para destruir la democracia y aplastar el marxismo. Tras elogiar el *Mein Kampf* y el programa de Hitler, pedía un movimiento similar para España, que debía dirigir el líder del Partido Nacionalista Español, el Dr. Albiñana, alfonsino radicalmente antiliberal y fascistizante, aunque demasiado tradicionalista para ser un verdadero fascista. Albiñana contestó a Maeztu defendiendo para España los ideales del movimiento hitleriano: «raza», «imperio» y «antijudaísmo», añadiendo también la «antimasonería». Y es que Albiñana, desde antes del triunfo de la república, había manifestado su adhesión a las tesis de los *Protocolos*. Todos los males de España desde 1492, según había expresado, obedecían a «una conspiración judía contra España», utilizando muchas veces a «la masonería sionista» [40]. Confinado en Las Hurdes por el Gobierno de Azaña, en 1932 Albiñana publicó un furibundo ataque al nuevo régimen, que

[38] LISBONA, *op. cit.*, págs. 97-98. SEMOLINOS, Mercedes, *Hitler y la prensa de la II República española*, Madrid 1985, págs. 220-226.

[39] Artículos antijudeomasónicos en *Ellas*, 1933: «La necesidad apremiante de devolver a Alemania la espiritualidad perdida», n.º 44, 26-III, alaba el triunfo de Hitler y su lucha contra marxistas y judíos; «El socialismo, aliado del judaísmo», núm. 47, 16-IV; «Traidores que venden a su patria. Ante la invasión de los judíos», núm. 53, 28-V; «La dictadura masónica» y «España 1909 y Alemania 1933», núm. 54, 4-V; en el último se acusa a judíos y masones de orquestar una campaña internacional antihitleriana similar a la antimaurista de 1909; «La masonería y sus manejos en España», núm. 55, 11-VI; «Socialismo, comunismo, judaísmo», núm. 58, 2-VII.

[40] MAEZTU, Ramiro, «El milagro de Hitler», *ABC*, 20-IV-1932. GIL PECHARROMÁN, Julio, *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid 1994, pag. 82. SEMOLINOS, *op. cit.*, págs. 30-31.

era considerado como «una revolución de tipo judío» orientada a destruir «la monarquía, la religión, el ejército y la propiedad». Las leyes republicanas y el estatuto separatista catalán aparecían como «episodios de la despiadada lucha secular de judíos y masones contra España». La masonería, antiespañola desde el siglo XVIII, era el agente de los judíos, culpable de organizar la independencia americana, la guerra de Cuba y otras desgracias nacionales. Evidentemente, el plan judío para la república era provocar la desmembración del país y el triunfo final del comunismo. «¡Así lo esperan los judíos de París, que pagaron la revolución!» [41].

De menor raíz cristiana que los grupos citados hasta ahora, Falange Española mostró menores tendencias antisemitas. La excepción fue Onésimo Redondo, precisamente el líder del sector más confesional, miembro además de la A.C.N.P. Como ya hemos visto, Redondo publicó los *Protocolos* en su revista y constantemente denunciaba la conspiración judía mundial contra la civilización occidental, y contra España en particular. Indudablemente, las ideas del vallisoletano fueron influyendo en otros compañeros de Falange. En ésta, durante la República, la mayor parte de los ataques antisemitas se dirigían contra la plutocracia hebrea internacional y contra el carácter judío de Marx y el marxismo. Pese a no ser el tema antijudío muy importante entre los falangistas, el rechazo a la admisión de judíos alemanes refugiados los llevó a organizar un boicot a los almacenes Sepu de Madrid, abiertos por algunos de estos exiliados, realizando incluso algún acto violento contra los mismos. Y en las elecciones de 1936, los falangistas pegaron carteles antisemitas en Madrid que provocaron la protesta de la comunidad judía ante el Gobierno. Pero también en alguna ocasión la prensa falangista aclaró que en España el problema judío no era de raza, sino de fe, desmarcándose así del racismo nazi [42].

Por último, dentro del panorama de la derecha antirrepublicana del periodo hemos de citar a la CEDA. No vamos a entrar ahora en el debate sobre la naturaleza de la ideología de sus diversos componentes. Pero sí hemos de destacar que es posible encontrar entre sus filas más testimonios antisemitas de lo que se pudiera creer en principio. Y ello en relación con un tema que, ciertamente, era mucho más importante para la derecha católica española: la antimasonería. Ya hemos visto cómo, en la década anterior, *El Debate* se hacía eco del antisemitismo católico centroeuropeo. Semolinos nos cuenta cómo, desde finales de 1932, el diario abandonaba su tradicional apoyo al *Zentrum* alemán para perder sus anteriores reticencias hacia el nazismo, que se recobrarían, no obstante, tras el asesinato de Dollfus en 1934. Su corresponsal en Berlín, Bermúdez Cañete, se sumaba en la primavera de 1933 a la campaña antisemita del resto de la prensa antidemócrata en relación con la nueva política alemana: «Porque todo se paga en la vida los Versalleses, como los de San

[41] Doctor ALBIÑANA: *España bajo la dictadura republicana (Crónica de un periodo putrefacto)*, Madrid 1933 (la 1.ª ed., de 1932, de 5000 ejs., según pág. 300), págs. 179-181 y 221-223.

[42] JIMÉNEZ CAMPO, Javier, *El fascismo en la crisis de la II República española*, Madrid 1979, págs. 131-133 y 162-164. LISBONA, *op. cit.*, págs. 92-95. AVNI, *op. cit.*, pág. 37.

Sebastián, no quedarán impunes. Y los judíos, que quieren destruir la civilización de un pueblo cristiano, caen al fin bajo él». En su entusiasmo por las negociaciones del concordato entre Berlín y Roma, Cañete llegó incluso a justificar la ley de esterilización forzosa alemana: «No se aplicará más que a verdaderos anormales y por sentencia de un Tribunal compuesto de médicos y juristas» [43].

El mismo Gil Robles, en un mitin en el Monumental de Madrid, el 15-X-1933, un mes después de asistir invitado al Congreso del Partido Nazi en Nürenberg, tras la euforia por la firma del concordato, afirmaba que era necesario «dejar la patria depurada de masones y judaizantes». Y en el programa electoral de las inmediatas elecciones se atacaba a la masonería, al judaísmo y al marxismo como los autores de la política anticatólica republicana [44].

Pero el testimonio antisemita más importante que hemos encontrado en el ámbito cedista se halla en un libro de Francisco de Luis, sucesor de Herrera Oria en la dirección de *El Debate*, publicado con licencia eclesiástica en 1935. *La masonería contra España* constituye un extenso tratado cuyo capítulo VI, «La masonería y los judíos», comienza afirmando que los *Protocolos* demuestran «la dominación de la masonería por el judaísmo». La identidad entre ambos, que se afirma desde las primeras páginas del libro, hace de éste una obra antisemita fundamental. Sus fuentes son básicamente Tusquets y el antisemitismo francés: Jouin, Drumont, Poncins, *La Libre Parole*, etc. Los republicanos españoles, masones casi todos, incluyendo Lerroux, buscaban en el primer bienio —según De Luis—, «preparar el ambiente al comunismo»:

«Está claro: en perfecta alianza judíos y masones, cumple a ambos destruir por doquiera la civilización cristiana, utilizando todos los medios revolucionarios y la pujanza financiera del pueblo deicida. El socialismo, el comunismo, todos los males, en suma, de la sociedad moderna provienen de esa mezcla detonante de judíos revolucionarios y masones».

«Los judíos, padres de la masonería», quieren destruir las patrias para que domine «su oro y su odio sobre la Humanidad». «La masonería es el contenido del judaísmo revolucionario... En cada judío va un masón: astucia, secreto doloso, odio a Cristo y su civilización, sed de exterminio. Masones y judíos son los autores y directores del socialismo y el bolchevismo». Por supuesto que la Revolución Francesa y la rusa, el liberalismo, la independencia americana y un sinfín de acontecimientos más son producto de las maquinaciones de masones y judíos, que ahora «luchan a la desesperada» contra el fascismo de Mussolini y Hitler, quienes oponen al lema masónico de «Libertad, Igualdad, Fraternidad» el de «disciplina, jerarquía y sacrificio» [45].

No sólo dentro de la CEDA. También en la misma Iglesia es posible encontrar testimonios de antisemitismo radical durante la República. El obispo de

---

[43] SEMOLINOS, *op. cit.*, págs. 222, 225-226 y 259.

[44] PRESTON, Paul, *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo y golpismo*, Madrid 1986, pág. 121. LISBONA, *op. cit.*, pág. 97.

[45] DE LUIS, Francisco, *La masonería contra España*, Burgos 1935, págs. 6, 100-101, 153-162, 191 y 220.

Oviedo, tras la revolución de octubre, acusó a la masonería y al judaísmo de haberla organizado. Y un folleto editado con diversos números de la *Hoja semanal catequística y apologética* titulado *Revolución, masonería y judaísmo* afirmaba que los obreros revolucionarios del 34 estaban dirigidos por masones (Largo Caballero, Prieto, González Peña, Pestaña), que a su vez eran esclavos del judaísmo. El folleto apelaba a los obreros para que descubrieran cómo los judíos dirigían a la vez la Rusia soviética y la banca, el oro y el gran capitalismo mundial, teniendo como fin destruir España y sumir a toda la población en la miseria. Denunciando con descripciones espeluznantes los crímenes de los revolucionarios asturianos, decía de éstos que «obedecían, acaso sin saberlo, a la masonería y al judaísmo», que tienen a Lucifer como rey y padre, siendo la primera «un instrumento del judaísmo» [46].

Por último hemos de decir que, al margen de los grupos políticos mencionados, las ideas antisemitas pueden aparecer en ámbitos diferentes dentro de la derecha española. Así, por ejemplo, leyendo las memorias de Mola sobre su paso por la Dirección General de Seguridad, tras enterarnos de buen número de entresijos políticos de los últimos meses de la monarquía, nos encontramos con que la causa última del triunfo de la república está en «el odio [contra España] de una raza, transmitido a través de una organización hábilmente manejada. Me refiero concretamente a los judíos y a la masonería. Ello es lo básico (...) Lo que acabo de decir, hace algunos años hubiera producido hilaridad; hoy es posible que se tome en serio, pues se ha escrito mucho sobre el particular, y se lee más». Esta última afirmación de Mola nos parece sumamente interesante [47]. En otro lugar diferente, el de la literatura, nos podemos encontrar con el más duro estereotipo antisemita en un autor antiliberal que, sin embargo, y aunque resulte paradójico, era de origen hebreo: Enrique Jardiel Poncela. En su novela *La «Tournée» de Dios*, Jardiel hace una descripción racial de los judíos que termina así «Para más informes sobre los judíos, diríjanse ustedes a cualquier gran millonario del mundo». En uno de los pasajes Dios recibe a una delegación de judíos que vienen a quejarse de que son víctimas y esclavos de los demás pueblos del mundo, y a pedirle además algunos favores económicos. Dios rechaza tajantemente su queja, afirmando que ellos son los verdaderos tiranos de toda la Tierra: «Tenéis todo el dinero y la influencia posibles. Dueños de las grandes empresas, agitáis el cetro de las finanzas y regís la vida del mundo. Sois el resorte del poder...» [48].

---

[46] RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, *Literatura fascista española*, Torrejón de Ardoz 1986, pág. 70. *Revolución, masonería y judaísmo. El marxismo, instrumento de la masonería. La masonería, instrumento del judaísmo*, Cuadernos Verdad y vida, V, Afrodisio Aguado, Valladolid-Palencia 1936. Reúne los núms.110, 119-120 y 172-182 de la *Hoja semanal catequística y apologética*, desde X-1934 a III-1936.

[47] MOLA, Emilio, *Tempestad, calma, intriga y crisis. Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*, Madrid s.a. (2.ª ed.), págs 105-106.

[48] JARDIEL PONCELA; Enrique, *La «Tounée» de Dios. Novela casi divina*, Madrid 1989, págs. 369-373. Véase la nota 141 del editor Luis Alemany, que cita otros textos antijudíos del autor y habla de su origen hebreo.

DURANTE LA GUERRA CIVIL Y LA POSTGUERRA

El estallido de la Guerra Civil hizo que aumentaran las manifestaciones antisemitas entre los grupos de extrema derecha que se unieron a la sublevación. En este crecimiento pudo influir la acción propagandística de la Alemania nazi aliada, y más cuando sus victorias en la contienda mundial la perfilaban como vencedora a los ojos del franquismo. Aunque creemos que es el mismo enfrentamiento civil el principal causante del hecho.

En diciembre de 1938 la misma Embajada alemana en Salamanca edita un folleto de doce páginas, de formato prensa a tres columnas, titulado *La eterna cuestión judía*. En él se reiteran los tópicos argumentos sobre las maniobras judías tras el liberalismo, la democracia, el socialismo y el comunismo, y su afán de destruir a todas las naciones, que deben unirse contra tan temible amenaza. Uno de los artículos, «Israelitas en la España roja», denunciaba el control judío de la ayuda soviética al bando republicano: «Agentes judíos por un lado. Detentadores judíos del poder soviético por el otro... El oro español discurre por manos israelitas» [49].

Quizás estuvieran también los nazis detrás de un folleto anónimo de 1943, editado en lujoso papel satinado, en el que se afirmaba que el estraperlo y el hambre del pueblo eran «la gran maniobra del judaísmo financiero internacional», aunque para argumentar tan sorprendente afirmación se acudiese exclusivamente a dar un repaso amplio a las tesis de los *Protocolos* para demostrar el carácter pérfido de los judíos, culpables de la guerra y de las crisis, y que buscan «exasperar a las masas con el hambre» [50].

Desde julio de 1936 las obras antisemitas interpretan la Guerra Civil como la ofensiva del judaísmo internacional para destruir España, salvada gracias al «alzamiento». Un folleto editado en Avila ese año afirmaba que el movimiento de julio se unía al fascismo europeo de Mussolini, Hitler, Dollfus, La Roque, etc., para formar «la barrera infranqueable del caos revolucionario» organizado por el comunismo, la masonería y el judaísmo. Elogiando la acción salvadora de Hitler contra «la avalancha judía», y tras citar a Tusquets y los *Protocolos*, el autor, Nazario López, católico-social, afirmaba que judíos y masones estaban «conflagrados contra el Cristianismo y la civilización católica» [51]. Otro opúsculo de Juan Segura Nieto, de 1941, citando constantemente los *Protocolos*, explica detalladamente el plan destructivo de la masonería, organización luciferina fundada y dirigida por judíos. La masonería, «diestra cuchilla del Verdugo de Israel», cayó «sobre 11.000 mártires, ministros de nuestra religión», ya que «el Catolicismo y su Iglesia son los enemigos más temidos por los Sabios de Sión; por el Sanedrín. Los únicos que amenazan

[49] *La eterna cuestión judía*. Primera parte, XII-1938, Departamento de prensa de la Embajada de Alemania, Salamanca. Cita en pág. 4.

[50] *La garra del capitalismo judío. Sus procedimientos y efectos en el momento actual*, eds. Toledo, Madrid 1943.

[51] LÓPEZ, Nazario S., *«Nazarite», Marxismo, judaísmo y masonería*, Avila 1936.

seriamente sus siniestros planes de predominio universal». Acusa así «al Judaísmo Internacional y a sus hijas predilectas, las democracias, del horroroso fraticidio que ha transformado... España en caudalosos ríos de sangre, en inmensas montañas de cadáveres». Pelele del judaísmo, la masonería merece la ley de Talión: «¡Masones! España os acusa de delito de lesa patria (...) ¡No; no puede haber perdón para los asesinos de España!» [52].

Del antisemitismo que se desencadena con la Guerra Civil participaron gran parte de las principales personalidades del nuevo régimen. Julio Rodríguez Puértolas ha recogido una amplia selección de citas antisemitas de personalidades como Moscardó, Kindelán, Carrero Blanco o el mismo dictador, así como otras procedentes de los libros de texto de la época. Sopeña Monsalve, en su obra divulgativa sobre estos últimos, señala también ejemplos. Lisbona también recoge testimonios antijudíos de militares como Cabanellas, López Pinto o Queipo de Llano. Este atacaba reiteradamente a los hebreos en sus charlas radiadas desde Sevilla. En la de 12-IX-1936 les acusaba de buscar el dominio mundial y el exterminio de los cristianos, por lo que la contienda «no es una guerra civil, sino una guerra por la civilización occidental contra el mundo judío». Lisbona también recoge posturas antisemitas de *ABC* y *Arriba*. Este pedía, en agosto de 1936, que se persiguiera «al judaísmo, a la masonería, al marxismo y al separatismo». «Durante los tres años de guerra —afirma Lisbona—, no cesarán de aparecer artículos antisemitas en la mayoría de los diarios de la zona nacional». Recoge también diversas citas de prensa del periodo de la guerra mundial y unas declaraciones de prensa de Serrano Súñer, el 12-VI-1939, afirmando que el judaísmo era enemigo de la nueva España. En un acto tan solemne como la ofrenda al apóstol Santiago de 1939, el defensor del Alcázar, representando al dictador, afirmaba:

«Venimos a proclamar nuestras afirmaciones cristianas y nacionales, frente a las negaciones judaizantes y extranjerizantes de los últimos tiempos. No permitáis, Señor, que cuando con sangre de nuestros muertos hemos librado a la Patria del yugo judío, logren los poderes ocultos de la secta volver a hundirnos en la tiniebla de la impiedad» [53].

El propio Franco, ferviente anticomunista y antimasón obsesivo, participó en alguna ocasión del ambiente antisemita, aunque bastante menos que otras personalidades de su régimen. Preston dice que durante la guerra estaba convencido de que masones, bolcheviques y judíos dirigían el bando enemigo. En el desfile de la victoria de 1939 afirmaba que «el espíritu judaico, que sabe tanto de pactos con la revolución antiespañola, no se extirpa en un día y aletea en el fondo de muchas conciencias». Atacó de nuevo a los judíos, elogiando su expulsión en 1492, en sus discursos de fin de año de 1939 y de 17 de julio de 1940 y 1941. En el que pronunció ante la Sección Femenina en

---

[52] SEGURA NIETO, Juan, *¡Alerta!... Francmasonería y judaísmo*, Barcelona 1940, especialmente págs. 7-11, 15, 34 y 48-49.

[53] RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *op. cit.*, pás. 339-341. SOPEÑA MONSALVE, Andrés, *El florido pensil. Memoria de la escuela nacional-católica*, Barcelona 1994, págs. 151-157, 197 y 206. LISBONA, *op. cit.*, págs. 64, 67, 82, 98-101, 110-111 y 121-122.

Medina del Campo, el 29-V-1942, elogió a Isabel la Católica y su «política totalitaria y racista». Por otra parte su capellán particular, José María Bulart, era amigo personal del P. Tusquets. No obstante, en el hecho de que la fobia antimasónica de Franco no derivase en un antisemitismo profundo pudo influir el trato amistoso que tenía desde sus años africanos con diversos judíos ricos del Protectorado, Ceuta y Melilla, que apoyaron su sublevación de modo desinteresado, a veces con maniobras de gran transcendencia en el terreno financiero y de los suministros. El 15 de agosto de 1936 escribió a varios de ellos diciéndoles que no hicieran caso de emisiones radiofónicas de Queipo, y declaró poco después que defendería la libertad religiosa de musulmanes y judíos. Incluso se ha especulado sobre el posible origen hebreo de los dos apellidos del dictador, Franco y Bahamonde [54].

Una mención especial merece el famoso *Poema de la Bestia y el Angel*, del oficialmente primer poeta del bando sublevado, el monárquico José María Pemán, varias veces editado desde 1938. Pemán era una de las máximas figuras intelectuales del bando franquista, y por ello fue presidente de la Comisión de Cultura y Enseñanza de la Junta Técnica del Estado, equivalente a ministro de Educación, y luego presidente por decreto de la Real Academia de la Lengua, reorganizada por él junto a las demás academias. El *Poema* era un canto épico a la causa de los sublevados en la Guerra Civil, que era interpretada en clave antisemita, a partir de los *Protocolos*, pudiéndose hacer un estrecho paralelismo entre muchos aspectos centrales del poema y estos últimos. En la eterna lucha entre Dios y Satán, Bien y Mal, Angel y Bestia, esta última se encarna en la Tierra en «el Sabio de Sión», que decreta la destrucción y la guerra contra la católica España. Dios encarga a ésta y a su iglesia, la octava iglesia del Apocalipsis, en el sentido poético-religioso del canto, la lucha decisiva contra las fuerzas satánicas del judaísmo [55].

El que las tesis antisemitas más radicales, aquellas que desvelan el sentido de toda la historia humana y explican, por tanto, la situación de España y del mundo, habían calado muy hondo en muchas personalidades del nuevo régimen, se ve en gran cantidad de obras que, sin tener como tema específico la conspiración judeo-masónica, nos terminan por llevar a ella, como hemos visto que ocurre en un poema sobre la Guerra Civil. José Pemartín, primo de Pemán y, como él, antiguo teórico de la dictadura de Primo de Rivera, en *¿Qué es lo nuevo?* defendía un «fascismo católico» y la necesidad de que España

[54] LISBONA, *op. cit.*, págs. 66-68, 70, 99 y 109. PRESTON, Paul, *Franco. «Caudillo de España»*, Barcelona 1994, págs. 405, 434, 458, 543-544 y 573. Preston parece confundir la antimasonería de Franco con el antisemitismo judeomasónico, mucho más superficial en él, sobre todo en relación con otros prohombres de su régimen. En pág. 569, por ejemplo, se habla de la antijudeomasonería de Franco pero luego se cita sólo su obsesión contra la secta. El libro, además, nada dice del controvertido tema del trato de la España de Franco a los judíos en la 2.ª Guerra Mundial. Los posibles orígenes hebreos de Franco los comentan Lisbona, págs. 282-283 y Preston, pág. 19.

[55] PEMÁN, José M.ª, *El Poema de la Bestia y el Angel*, Zaragoza 1938. Véase un estudio detallado de la obra, cotejada con los *Protocolos*, en ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo, *José María Pemán. Pensamiento y trayectoria de un monárquico (1897-1941)*, Cádiz 1996, págs. 357-364.

coadyuvase a fascistizar «a las naciones aún esclavizadas por el virus masónico-judaico revolucionario». Tras una descripción estremecedora del azote judeo-masónico, afirmaba Pemartín que el nazismo se había alzado justamente contra «el destruccionismo satánico del pueblo judío» [56]. Luis Carrero Blanco, que en 1941 fue nombrado por el dictador subsecretario de la Presidencia, desde donde comenzó a ser uno de los personajes decisivos en el régimen, publicó ese año un estudio sobre estrategia naval, *España y el mar*. Carrero, católico integrista hasta su muerte, no simpatizaba mucho con el paganismo fascista, especialmente el nazi, ni con la Falange, pero mucho más odiaba a las fuerzas liberales, democráticas y de la izquierda obrera. En su obra se refleja su ideología política, inserta en un antisemitismo radical, y que parte de que no hay más que una verdad, absoluta, que es la del catolicismo y la civilización cristiana:

> «Tres años de una lucha epopéyica —afirma—, nueva cruzada contra la barbarie comunista, nos acaban de salvar de nuevo. España, paladín de la fe en Cristo, está otra vez en pie contra el verdadero enemigo: el Judaísmo. Se trata de una fase más de la guerra que secularmente sacude al Mundo. Porque el Mundo, aunque no lo parezca,... vive una constante guerra de tipo esencialmente religioso. Es la lucha del Cristianismo contra el Judaísmo. Guerra a muerte, como tiene que serlo la lucha del Bien contra el Mal...».

Reforma, Enciclopedia, ateísmo, liberalismo, izquierdismo, masonería, marxismo, comunismo, separatismo, internacionalismo, todo son medios para «destruir, aniquilar y envilecer todo cuanto representa Civilización Cristiana, para edificar sobre sus ruinas el utópico Imperio Sionista del Pueblo Elegido».

Javier Tusell, en su biografía del almirante, nos muestra cómo, en cuatro importantes informes que elaboró entre 1939 y 1942, los tres últimos redactados para Franco en calidad de subsecretario de la Presidencia, Carrero vertió su visión de la situación mundial desde la óptica del antisemitismo más ortodoxo. En el de diciembre de 1941 decía:

> «El frente anglosajón soviético, que ha llegado a constituirse por una acción personal de Roosevelt, al servicio de las Logias y los Judíos, es realmente el frente del Poder Judaico donde alzan sus banderas todo el complejo de las democracias, masonería, liberalismo, plutocracia y comunismo que han sido las armas clásicas de que el Judaísmo se ha valido para provocar una situación de catástrofe que pudiera cristalizar en el derrumbamiento de la Civilización Cristiana».

Quedaba claro, pues, que todos esos movimientos eran armas judías. Dos años antes lo había dicho aún más contundente: «el comunismo *no es por sí sólo nada*, sino, con la masonería, la democracia y la plutocracia, una herramienta del judaísmo». En el informe antes citado añadía que España representaba «el verdadero antijudaísmo de tipo espiritual, el verdadero concepto

[56] PEMARTÍN, José, *¿Qué es lo nuevo?... Consideraciones sobre el momento español presente*, Madrid 1940 (3.ª ed.), págs. 17, 31, 103, 160, 177, 322-323 y 326.

del cristianismo católico», y si debía unirse a Alemania era por el enemigo común, el «frente judaico», pues el Eje suponía «una reacción enérgica pero posiblemente inspirada en un concepto material de la vida». Un año después llegaría a sostener incluso la cercanía del materialismo nazi y el soviético [57].

No pocas altas jerarquías de la Iglesia, en estos años, sobrepasan el antisemitismo teológico para asumir, en mayor o menor medida, las tesis del mito de la conspiración judía mundial. El 28-IX-1936, recién conquistada Toledo, el cardenal primado Gomá declaraba que los llamados nacionales luchaban contra «la Anti-España, el "alma bastarda de los hijos de Moscú", los judíos y masones que habían envenenado a un pueblo ingenuo con ideas tártaras y mongolas, y que estaban erigiendo un sistema manejado por la Internacional Semítica». Dos meses después repetía en unas declaraciones las mismas ideas [58]. Finalizada la contienda civil, el 9-VIII-1939 escribió una carta pastoral titulada «Lecciones de la guerra y obligaciones de la paz», en la que criticaba por anticristianos el afán vengativo y la represión que se ejercía sobre los vencidos. La pastoral fue censurada pero, pese a todo, en ella se justificaba la guerra como una lucha de judíos y masones contra España. Al morir el prelado en 1940, la revista jesuita *Razón y fe*, que antes de 1936 apenas había dado muestras de antisemitismo, publicaba una necrológica firmada por el P. Bayle que decía: «los enemigos de la cruz eran asistidos de las hordas marxistas internacionales, apuntalados del odio judío e intrigas masónicas, fomentados por el liberalismo y mirados benévolamente por católicos de ojos turbios con cariño ciego en la democracia» [59].

Todavía a fines de 1940 se podía leer en el *Boletín de la A.C.N.P.* que los enemigos de la Iglesia y de la patria eran «las internacionales comunistas-socialistas, el capitalismo hebraico, las partes degeneradas de las clases dirigentes,... el actual espíritu del judaísmo y la masonería» [60]. Pero dos años más tarde comenzaron a alzarse voces de prelados que condenaban el racismo nazi. En febrero y abril de 1942 sendas pastorales de los obispos de

[57] TUSELL, Javier, *Carrero. La eminencia gris de Franco*, Madrid 1993, da cuenta de los informes «La revolución comunista en la Marina», 1939, págs. 31-33, «Consideraciones sobre la situación internacional actual en orden a la actitud de España», XII-1941, págs. 62-64, «Notas sobre la situación internacional», 11-XI-1942 y «Notas sobre la situación actual en orden a la política internacional», 18-XII-1942, págs. 85-89. Las ideas de Carrero y sus recelos contra la Falange en págs. 27, 59-60 y 72-75. Tusell, que en esta biografía no oculta en absoluto los hechos pero intenta a veces comentarlos del modo más benevolente posible para su biografiado, afirma que el término Judaísmo en Carrero y los católico no significaba raza o etnia sino «una especie de permanente conspiración contra el cristianismo» (pág. 33). Para nosotros es evidente que esa conspiración es atribuida a los judíos, en general, o al menos a sus dirigentes, los sabios de Sión. Carrero habla de «Judaísmo» y de «Poder judaico», pero también de «Judíos», como hemos visto.

[58] RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *op. cit.*, pág. 70. LISBONA, *op. cit.*, pág. 100.

[59] LANNON, *op. cit.*, págs. 62 y 255.

[60] Artículo de A. Hoyos en el *Boletín de la A.C.N.P.*, núm. 259, 15-XII-1940, recogido por MONTERO, José Ramón, «El Boletín de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas», en RAMÍREZ, M., ed., *Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945)*, Zaragoza 1978, pág. 108.

Burgos y Calahorra lo hacían claramente, editando los ingleses luego la segunda. La encíclica *Mit brennender Sorge*, de 1937, en la que Pío XI condenaba el nazismo, estaba censurada por el régimen. Pese a ello Gomá la había distribuido traducida entre el episcopado y ahora el obispo de Calahorra la difundía en su diócesis, siendo sancionado por quebrantar la censura. El mismo primado Pla y Deniel, sucesor de Gomá, advirtió a Franco sobre los excesos pronazis y antisemitas de la Falange [61].

EL TRATO A LOS JUDÍOS

El antisemitismo, fuertemente extendido entre numerosas personalidades del régimen franquista, como estamos viendo, influyó en el trato que éste dio a los judíos, pero no supuso una persecución implacable como la que se desencadenó contra los masones, con el exterminio sistemático de los que cayeron bajo las autoridades del bando sublevado [62].

Lisbona habla de al menos catorce judíos muertos o fusilados en Ceuta y Melilla al iniciarse la sublevación, pero casi todos pertenecían al P.S.O.E u otros partidos republicanos. Varias sinagogas fueron clausuradas, lo mismo que el colegio hebreo de Melilla. Eran frecuentes las detenciones masivas, pero siempre con la posterior puesta en libertad. También las burlas, vejaciones, e incluso agresiones por parte de grupos falangistas, como la que sufrió el judío ceutí José Alfón, pese a ser amigo de Franco. Los jóvenes judíos de ambas plazas, obligados a sumarse a filas pese a no tener la nacionalidad española, fueron tratados con extrema dureza. En todo el Protectorado las comunidades judías fueron obligadas a pagar multas, exacciones y «donativos» exorbitantes, incluso en ayuda de la División Azul durante la guerra mundial. Lo mismo les ocurrió a los judíos de Sevilla bajo el poder de Queipo de Llano.

Al entrar los franquistas en Barcelona la sinagoga fue saqueada. Esta y todas las demás fueron cerradas, lo mismo que los centros sociales y asistenciales, y los ritos religiosos judíos fueron prohibidos. Inicialmente los matrimonios no católicos estaban prohibidos, hasta que en marzo de 1941 se permitió el matrimonio civil para quienes demostrasen no estar bautizados, aunque ninguna pareja se atrevió a declararse judía. Desde un año antes se prohibía el registro civil de recién nacidos sin bautizar y, por supuesto, los niños judíos en edad escolar eran obligados a estudiar el catecismo. Ante todas estas presiones, veinte de las veinticinco familias judías que habían quedado en Madrid se convirtieron al catolicismo, lo mismo que algunas de Barcelona, donde habían permanecido unas quinientas personas en 1939. Pese a todo, no hubo nunca leyes específicas contra los judíos, y así lo hicieron saber en todo momento las autoridades franquistas. Y aunque en algunas ocasiones

[61] LISBONA, *op. cit.*, págs. 111-112.
[62] FERRER BENIMELI, *op. cit.*, págs. 297-302.

hubo detenciones y malos tratos, pese a la presión de la Gestapo el Gobierno Militar de Barcelona comunicó al Civil en 1941 que no se seguía causa alguna por crímenes de guerra contra los judíos de la ciudad. Por otra parte, el Ministerio de Educación Nacional creó ese año la Escuela de Estudios Hebraicos, que comenzó a editar la revista *Sefarad*, donde desde el comienzo se distinguía claramente a los sefardíes de los judíos askenazis, apareciendo los primeros libres de las taras morales e ideológicas de los segundos [63].

Por último, hemos de abordar someramente el tema tan debatido de la actitud que tuvo el Gobierno español con los judíos europeos que intentaban huir del nazismo durante la 2.ª Guerra Mundial. Haim Avni explica bien cómo organizó el franquismo en 1949 el mito de su heroica acción salvadora durante la contienda, y el éxito que tuvo incluso en muchos sectores del judaísmo [64]. Avni, primero, y Antonio Marquina y Gloria Inés Ospina después, han realizado una profunda investigación del tema a través de los archivos judíos, aliados y del Ministerio de Asuntos Exteriores, obteniendo una visión de los hechos reales muy diferente.

Avni calcula en unos 37.500 los judíos que se salvaron alcanzando la frontera española por sus medios, ilegalmente, quedando la mayoría de ellos internados en el campo de concentración de Miranda, hasta que iban siendo evacuados por los aliados. Peor suerte corrieron muchos de los que intentaban transitar legalmente por España rumbo a otros países. Así, en el verano de 1940 España denegó el visado colectivo de tránsito que solicitaba el Vaticano para 3000 judíos europeos convertidos, la mayoría alemanes, que eran admitidos por Brasil. Aunque el caso más impresionante es el de los cerca de 5.000 sefardíes europeos que tenían la nacionalidad española, la mayoría residentes en Francia y Grecia. No sólo se les negaba el permiso de inmigración, sino que en otoño de 1940, cuando comenzaron las leyes antisemitas en Francia, el Ministerio de Asuntos Exteriores dio la orden a sus cónsules de no interferir en su aplicación a estos súbditos españoles, aunque dando instrucciones precisas para que su patrimonio quedara en todo momento bajo la administración de las autoridades españolas. El embajador en Vichy, Lequerica, afirmaba que se trataba de «armonizar la defensa de los intereses, sobre todo económicos de España, con el deber de no estorbar cuantas medidas en los diferentes países del mundo sea preciso adoptar en evitación de un grave peligro internacional», que era el judío. Se dio orden de proteger sólo a quienes tenían todos los papeles en regla, ocurriendo casos como el del sefardí de La Haya, Edgar Cori y su mujer, deportados finalmente a Buchenwald y Ravensbrück sin que la diplomacia española se preocupase de su suerte, aunque sí de sus bienes.

Cuando Alemania exigió de España que evacuara a sus súbditos judíos, ya que si no los deportaría a Polonia, tras enormes dilaciones se acabó acep-

---

[63] LISBONA, *op. cit.*, págs. 63-68, 71, 107-115 y 122. LEVY, León, art. cit. AVNI, *op. cit.*, pág. 67.

[64] AVNI, H., «Los judíos y Franco en 1949: un desencuentro mistificado», en RUIZ GÓMEZ y ESPADAS BURGOS, eds., *op. cit.*, págs. 394-415.

tando la entrada de pequeños contingentes, y sólo cuando las organizaciones judías evacuaran uno se podría admitir el siguiente, pues bajo ningún motivo podían quedarse en España, pese a ser españoles. Por este procedimiento se salvaron cerca de 800 judíos. Otros 450 sobrevivieron gracias a la heroica acción de bastantes de los cónsules españoles. Marquina y Ospina consideran que la no admisión en España de judíos españoles era un modo de aplicación del decreto de expulsión de 1492 que tanto elogiaban los franquistas en sus libros y discursos. El 28-XII-1943 el ministro Gómez Jordana escribía a su colega del Ejército, Asensio, explicándole la política española con sus judíos: ante la situación de éstos, a punto de ser deportados a campos de concentración, le decía que no podían venir a residir a España «porque esto no nos conviene de ninguna manera ni el Caudillo lo autoriza», pero tampoco se los podía abandonar porque traería «graves campañas de prensa en el extranjero y principalmente en América y podría provocarnos serias dificultades de orden internacional», por lo que se pensaba admitirlos en tránsito por grupos, entrando cada uno tras la evacuación del anterior. Gómez Jordana tenía motivos para sospechar cuál era el destino de los sefardíes españoles si acababan en el este, pues en julio de 1943 el embajador en Berlín, Ginés Vidal, le advertía: «no se ocultará a V.E. las trágicas consecuencias que tendría para ellos su traslado a Polonia». El diplomático Federico Oliván, añadía que si no se los admitía en España «la condena es automáticamente a muerte —pues esta es la triste realidad».

Como se ve, las ideas antisemitas de muchas autoridades franquistas influyeron notablemente en la actitud del Gobierno de Franco ante los judíos. Y estas actitudes no desaparecieron del todo ni tras la derrota alemana y la confirmación en Auschwitz de lo acertado de la advertencia de Oliván. Dos órdenes de 24-VII y 10-X-1945, del nuevo ministro de Exteriores, el católico Martín Artajo, encargaban a los cónsules anular todos los documentos de protección expedidos en la guerra, como los concedidos en los últimos meses a casi 3000 judíos húngaros, para evitar que pudiesen inmigrar. Sólo quienes conservasen todos los documentos de la nacionalidad en regla desde antes de la contienda serían ayudados a regresar a sus países de origen, pero nunca a España [65].

ANTISEMITISMO ESPAÑOL Y RACISMO

Como hemos dicho reiteradamente, el antisemitismo español no se correspondía con el del racismo biológico alemán, sino con el cristiano, procedente sobre todo de Francia. Los ideólogos del antiliberalismo español de la década

[65] Avni, *España, Franco...*, págs. 65-193 , y especialmente 127-128, 157-158, 176-180. Marquina y Ospina, *op. cit.*, págs. 145-222 y especialmente 147-151, 187-188 y 194. Lisbona, *op. cit.*, pág. 124; en págs. 121 y 126, nota 55, nos informa posteriormente de que muchos documentos sobre el tema no pudieron ser consultados por ambos investigadores al haber desparecido del Archivo de Ministerio de Asuntos Exteriores, pese a que constan en los listados.

de 1930 centraban su filosofía de la historia en la idea de la existencia de una única civilización, la occidental, que definían básicamente a partir del clasicismo grecolatino y el cristianismo. En este sentido podemos considerarlos racistas, ya que para ellos la raza blanca europea era la creadora y difusora de esa civilización única, despreciando como bárbaros o salvajes a todos los demás pueblos y culturas. Pero se trataba de un tipo de racismo que Tierno Galván denominó ideológico, diferente del que busca un soporte científico en la Biología, define el concepto de pureza racial, y distingue dentro de la raza blanca a la aria superior [66].

Lo cierto es que los intelectuales mencionados rechazaban explícitamente la visión biológico-racista de la historia, que para ellos se entendía como una lucha entre las fuerzas defensoras de la civilización clásica y cristiana contra sus enemigos interiores y exteriores. Respecto a los pueblos y razas inferiores, los blancos estaban obligados a una tarea misional y civilizadora que los elevara, rechazando toda actitud de segregación discriminadora, ya que ante Dios todos los hombres tienen la misma capacidad de salvación. Surgía así el mito de la Hispanidad, que definía una esencia eterna de lo español a partir de la permanente defensa de la fe y la civilización frente a sus enemigos externos, «moros» o turcos, y frente a las fuerzas interiores de destrucción, protestantes, herejes, ilustrados o revolucionarios. Y no sólo defensa, sino también difusión de la fe y la civilización por todo el orbe, en tiempos del gran imperio español. Rechazando el concepto de pureza racial, todos estos autores se enorgullecían del mestizaje americano, manifestación de aquella acción civilizadora. En su *Defensa de la Hispanidad* Maeztu escribía: «La raza, para nosotros, está constituida por el habla y la fe, que son espíritu, y no por las oscuridades protoplásmicas». Maeztu admitía y defendía la desigualdad natural de los hombres, tanto social como racial, pero sobre ella alzaba la igualdad superior de la capacidad de todos para salvarse según los actos, siguiendo el dogma católico. Por eso «el espíritu español... consideraba a todos los hombres como hermanos, aunque distinguía a los hermanos mayores de los menores; porque el español no negó nunca la evidencia de las desigualdades». Frente a esta idea católica que es la de la Hispanidad, el protestantismo, una de las principales fuerzas destructivas, con el *servo arbitrio* y la predestinación, asentaba las desigualdades raciales en la voluntad divina, llevando al racismo. Por eso los colonizadores españoles difundían su fe, mientras que los anglosajones respetaban la religión de los pueblos que sometían, despreciándolos. El joven Pemán lo había expresado en 1927 diciendo que los castellanos en América realizaron «esa labor magna y única de blanquear los rostros y abrir los ángulos encefálicos, para meter en ellos el pensamiento luminoso y civilizador de la bendita raza de Castilla». Incluso

[66] TIERNO GALVÁN, Enrique, *Acotaciones a la historia de la cultura occidental en la Edad Moderna*, Madrid 1964, pág. 275. KORINMAN, M. y RONAI, M., «El modelo blanco», en CHÂTELET, François y MAIRET, Gérard, eds., *Historia de las ideologías*, Bilbao 1978, t. 2, págs. 221-235, distinguen ambos racismos denominándolos «modelo blanco imperialista» y modelo fascista.

un falangista no creyente como Ledesma Ramos compartía en gran medida esta visión de la obra colonizadora de España [67].

Por todo lo dicho se comprende que muchos de los que en España aplaudían el fascismo europeo, e incluso el antisemitismo, rechazaran sin embargo el racismo biológico nazi. El marqués de la Eliseda, por ejemplo, monárquico de *Acción Española*, que militó inicialmente en Falange y que había colaborado en más de una ocasión en la revista con artículos antisemitas, elogiaba con entusiasmo al régimen italiano, pero atacaba con dureza al alemán, cuya concepción racista de la nación consideraba «materialista y pagana», concepto también «antiespañol y repugnante» ya que suponía «la superioridad de lo animal sobre lo espiritual». El fascista Giménez Caballero definía a España como «genio antirracista por excelencia, pueblo que dio a los problemas de la raza una solución de fe pero no de sangre». España no era, pues, racista, sino «raceadora» [68].

Pero también hubo en la extrema derecha española excepciones de personas que se sintieron más o menos atraídas por el racismo alemán. Ya vimos el caso del periodista César González Ruano. Wenceslao González Oliveros y Francisco Murillo Palacios, desde las páginas de *Acción Española*, glosaron elogiosamente las doctrinas *völkisch*, desde Gobineau y Chamberlain hasta Hitler y Rosenberg, aunque formulando a veces precisiones desde una óptica católica. Mucho más radical fue el racismo del primer catedrático de Psiquiatría, Antonio Vallejo Nájera, que defendía en *Eugenesia de la Hispanidad* la existencia de un racismo latente en el pueblo español, manifestado históricamente en los estatutos de limpieza de sangre. Definía racialmente a los marxistas españoles como «judeo-moriscos» y llegó incluso a realizar un estudio psicológico sobre setenta y dos brigadistas norteamericanos presos para demostrar su degeneración racial [69].

Este antisemitismo no racista de los antiliberales españoles, defensores por otro lado de la desigualdad de las razas, pero opuestos a su segregación, no dejaba de ser algo que puede prestarse a confusión. Creemos que las tesis de Eugenio D'Ors al respecto pueden ayudarnos a esclarecer el tema. Para el filósofo catalán la idea de la existencia de una única civilización en la historia, la europea, era absolutamente esencial. Su «teoría de la cultura» se encar-

[67] MAEZTU, *Defensa de la Hispanidad*, págs. 25, 82-83 y 132-133. PEMÁN, José M.ª, *Valór del hispanoamericanismo en el proceso total humano hacia la unificación y la paz*, Madrid 1927, págs. 4-5. LEDESMA RAMOS, Ramiro, *Discurso a las juventudes de España*, Barcelona 1939, págs. 34-35. Sobre el tema ver ÁLVAREZ CHILLIDA, «Nación, tradición e imperio en la extrema derecha española durante la década de 1930»: *Hispania. Revista española de Historia*, núm. 182, IX-XII-1992, págs. 1011-1025.

[68] ELISEDA, El marqués de la, *Fascismo, Catolicismo, Monarquía*, San Sebastián 1935, págs. 170-172. GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *Genio de España*, ¿Madrid? 1939, (4.ª ed.), págs. 61 y 113.

[69] GONZÁLEZ OLIVEROS, W., «El momento científico de la teoría racista» (dos artículos), *Acción Española*, núms. 52 y 53, 1 y 16-V-1934, págs. 328-337 y 417-428. MURILLO PALACIOS, F., «El mejoramiento de la raza, base del engrandecimiento de Alemania», *Acción Española*, núm. 44, 1-I-1934, págs. 780-793. Las ideas de Vallejo Nájera en RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *op. cit.*, págs. 281-282 y 675.

gaba de interpretar desde esta perspectiva la historia como la evolución de pares de constantes contrapuestos, que denominaba «eones». D'Ors definía dos eones raciales, el ario y el semita. El primero significaba para él la voluntad de universalidad y ecumenismo, siendo la fuerza creadora y representativa de la cultura, única y universal. El eón judío, su opuesto, significaba la voluntad de aislamiento, de antiecumenismo, de permanecer fuera de la civilización, de «exoterismo». De este modo, concluía sin ambages que el racismo, todo racismo, pertenece al eón judío. Por eso acusaba al nazismo de ser contrario al espíritu ario, de ser antiario; más aún, de ser judaico. Aunque no hemos encontrado a nadie más que llegara a tachar al nazismo de judío, sí que fueron varios los que acusaron al judaísmo de racista. Maeztu, por ejemplo, contraponía el racismo exclusivista judío con el universalismo de la Hispanidad [70].

INTERPRETACIÓN Y CONCLUSIÓN

Ya hemos visto cómo el antisemitismo español contemporáneo tenía sus antecedentes en la historia medieval y moderna, que se reflejaban en la pervivencia de burdos prejuicios populares, manifestados muchas veces en el lenguaje, sostenidos además a partir del antisemitismo teológico del clero. Pero su difusión, sobre todo a partir de 1931, tenía su origen en la divulgación de los *Protocolos de los Sabios de Sión* y de las ideas del antisemitismo francés. La casi total ausencia de comunidades judías importantes impide ver en ellas la causa de una reacción antisemita. En España no había «problema judío» específico, y así pensaban los mismos antisemitas españoles. El embajador germano en Madrid lo constataba en un informe de 7-XI-1941 en el que afirmaba que en España se difundían las ideas antisemitas pero ni el pueblo ni el Gobierno sentían la existencia de un problema judío interno. Shlomo Ben-Ami nos dice al respecto que, desde la Edad Moderna, el antisemitismo español no arremete contra judíos reales, que no existen, «sino contra el fenómeno judío como portador de influencias políticas e ideológicas ajenas a una supuesta esencia católica española tradicional» [71].

Esta es nuestra opinión. El antisemitismo de la derecha antiliberal española del periodo estudiado cumple esencialmente una función ideológica. El hecho de que apenas hubiera judíos explica, en primer lugar, que el tema antisemita nunca llegara a ser obsesivo. Siempre se hablaba más de los enemigos reales (comunistas, separatistas, republicanos, etc.) que de los invisibles hebreos. Explica también, además, el que, pese al grave deterioro que sufrió la situación de las comunidades judías españolas bajo el franquismo inicial,

---

[70] D'ORS, Eugenio, *La ciencia de la cultura*, Madrid 1964, págs. 271-273. MAEZTU, *op. cit.*, págs. 211-213.

[71] AVNI, *op. cit.*, pág. 68. BEN-AMI, Shlomo, «De la España diferente»: *Raíces*, núm. 3-4, 1987, pág. 42.

nunca se desencadenara una campaña de persecución ni exterminio como la que sufrieron los masones, quienes, a fin de cuentas, no eran sino marionetas del judaísmo, según las ideas que hemos ido analizando. Aunque, como también hemos visto, se tomaron todas las medidas para impedir que la casi inexistente comunidad judía peninsular pudiese aumentar con los judíos que intentaban huir de la Europa nazi, incluso si se trataba de personas con la nacionalidad española completamente en regla. Medidas que se intentaron seguir manteniendo incluso por el ministro católico Martín Artajo, tras el final de la contienda mundial y el descubrimiento del genocidio judío.

Para comprender la función ideológica del antisemitismo español creemos imprescindible acudir a la conceptualización que Manuel García Pelayo hizo de los mitos políticos [72]. Según este autor, éstos se hacen dominantes en la mentalidad popular, e incluso en la ideología de muchos intelectuales de las más diversas tendencias, en los periodos de crisis profunda, no desapareciendo del todo en los de mayor estabilidad. A nuestro juicio, el éxito que tuvieron en España, desde 1931, las ideas derivadas de los *Protocolos* no se puede entender sin considerar la profunda crisis social y política que sacudió al país desde esa fecha, y que culminó en la Guerra Civil.

Para García Pelayo el sustrato del pensamiento mítico consiste en una visión sacralizada de la realidad que sustituye la interpretación racional de causas y efectos por la concepción de que los hechos son manifestaciones de la lucha de potencias sagradas o misteriosas (según sea la mentalidad religiosa o secularizada). En una época de pugna profunda, como fue la Europa de entreguerras, o la de España en los años treinta, se difunde lo que nuestro autor llama el mito satánico, que interpreta la realidad a través del arquetipo de la lucha absoluta entre el Bien y el Mal, o Dios y Satán. En este mito el bando propio queda adornado con las más excelsas cualidades, divinas, mientras que todo lo no movilizado en él se engloba, aunque sea en grado de complicidad, en el bando enemigo, encarnación satánica del mal.

Todos los componentes del bando enemigo quedan identificados en el mito con lo peor de la totalidad que lo define. Aparentemente heterogéneos, todos quedan unidos en una amalgama, como el «contubernio judeo-masónico-comunista», protagonista de una terrible conspiración destructiva de carácter mundial y total, que se corresponde, como vemos, con la descrita en los *Protocolos*. Frente a ella se hace necesaria una «gran purga» que alcance a todos los agentes de la conspiración, infiltrados por todas partes. García Pelayo concluye que este mito, como otros, tiene una triple función, integradora, esclarecedora y movilizadora.

En estos dos últimos aspectos creemos que está la clave para entender el antisemitismo español. En primer lugar, su carácter esclarecedor. Los políticos e intelectuales antiliberales que accedían a los *Protocolos* y a la literatura antisemita europea quedaban deslumbrados por esa cosmovisión de la historia universal de la eterna conspiración judía contra la civilización cristiana,

[72] GARCÍA PELAYO, Manuel, *Los mitos políticos*, Madrid 1981, págs. 18-23 y 32-40.

especialmente activa en la Edad Contemporánea. La gran complejidad histórica de los cambios y transformaciones sociales y políticas del último siglo y medio europeo quedaba totalmente explicada mediante un monismo brutalmente simplificador. La acción destructiva de la conspiración judía servía para dar cuenta desde las revoluciones liberales y democráticas del siglo XIX, hasta el socialismo y la revolución soviética, pasando por los cambios en las costumbres, los nuevos movimientos filosóficos, científicos, intelectuales e incluso estéticos, las crisis económicas y las mismas guerras.

Este monismo causal extremado era sumamente atractivo por su capacidad de explicarlo todo, especialmente para mentalidades profundamente tradicionalistas y conservadoras, desbordadas por el proceso de modernización, movilización social y democratización que estaba produciéndose en España, y en el resto del continente, en las últimas décadas. También era atractivo por su carácter oculto y esotérico. Los hechos estaban a la vista de todos, pero sólo unos pocos habían desvelado la trama que los causaba. Quien leía los *Protocolos* y pasaba a creer en ellos, descubría una verdad de enormes proporciones que antes ignoraba. De ahí que frecuentemente muchos se aprestaban a divulgarla, interpretando con ella los hechos históricos recientes, posteriores a la publicación por Nilus del plan judío de 1897: la guerra del 14, la revolución rusa, el comunismo, la república española, etc.

La interpretación antisemita de la historia y de la realidad política contemporánea tenía también una importantante función movilizadora. Los enemigos de la extrema derecha española, desde 1931, eran muchos y variados: republicanos moderados y progresistas, nacionalistas vascos y catalanes, las diversas fuerzas del movimiento obrero. No era tan fácil movilizar a las masas conservadoras con el miedo a todos y cada uno de ellos por separado. Además, el miedo principal de éstas era al comunismo soviético, pero el P.C.E. no era precisamente la organización más poderosa y amenazadora. El mito de la conspiración judía solucionaba ideológicamente el problema. La heterogeneidad de fuerzas enemigas era aparente, pues en realidad todas estaban amalgamadas por el judaísmo. Todas eran piezas esenciales de un único y calculado plan destructivo cuyo fin era, precisamente, la implantación de un régimen comunista soviético, que quedaba redefinido como la abierta manifestación de la tiranía que los judíos querían imponer a España y al mundo entero. El mito permitía así que el miedo de las clases conservadoras al comunismo los movilizara contra todas y cada una de las fuerzas opuestas mencionadas, pues todas conducían al sistema soviético a través de un plan cuidadosamente elaborado por los judíos. Esto permitía alentar desde el primer día la lucha total contra la república y sus primeros Gobiernos, pues ésta no era sino el primer paso de la implantación revolucionaria del comunismo. Y ya en la guerra, las masas que apoyaron el bando sublevado asumieron el mensaje de que la disparidad de fuerzas sociales y políticas que realmente componían el bando republicano no eran sino los «rojos», comunistas todos en definitiva. Y la idea de que tras ellos se movía «el contubernio judeo-masónico» arraigó en la mentalidad de muchos durante décadas. Aunque, como es lógico, ante la ausencia de judíos, la propaganda se centraba más en excitar

el odio y la pasión contra los enemigos visibles: comunistas, separatistas e incluso masones, genéricamente «los rojos».

Por otra parte, el mito de la conspiración judía encajaba perfectamente con la filosofía de la historia dominante en la extrema derecha española, y a la que antes hemos aludido. Basada ésta en la lucha permanente de las fuerzas civilizadoras contra las destructivas, el mito antijudío explicaba el origen de estas últimas y desvelaba la oculta unidad en el espacio y el tiempo de movimientos como el luteranismo, la Ilustración o el marxismo. Se realzaba, además, el carácter de la lucha entablada, que no era meramente contra una serie de ideologías erróneas, sino contra un calculado y satánico plan de destrucción.

Y en este último aspecto estriba para nosotros una tercera función del antisemitismo español. Bajo una retórica de tonos épicos, como la del famoso *Poema de la Bestia y el Angel*, se justificaba moralmente la guerra total que se desencadenó con la sublevación de julio de 1936. Guerra que se había declarado en los textos y en la prensa de la extrema derecha desde 1931, si no antes [73]. La guerra desencadenada no era sino la respuesta defensiva necesaria contra los planes judíos de destrucción. El carácter universal y absoluto del enfrentamiento ocultaba así, éticamente incluso, las responsabilidades de los sublevados en el origen de la tragedia que comenzó en 1936, y la violencia que desataron en su propio bando.

[73] En la «Nota del día» del periódico gaditano *La Información*, primorriverista, se leía el 21-V-1930: «Cada día que pasa se ensancha el abismo que va separando a los españoles en dos bloques: los que quieren conservar nuestras instituciones y nuestras costumbres tradicionales y los que quieren cambiar radicalmente todo cuanto existe, desde la familia a la organización política; desde el régimen de propiedad a las costumbres populares. Parece que incesantemente se van cortando los lazos que unen una España con la otra... Por el contrario, los llamamientos vibrantes y belicosos que en cada sector excitan al combate, son escuchados con atención... Se inventan sucesos y acontecimientos, se lanzan acusaciones, se desprestigia al contrario. ¡Es la guerra!».